



DE LA REVISTA CATOLICA DE LA DIOCESIS DE CUENCA,  
REPUBLICA DEL ECUADOR.-1923

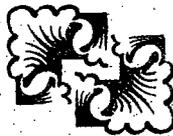
E 26  
VAZQ

# APOCALIPSIS

[APUNTE BIBLIOGRAFICO]

por

**HONORATO VAZQUEZ**



CUENCA, IMPRENTA DEL CLERO.

1923.







A mí desautorizado juicio, aquella novedad está en haber unificado rápida, fácil y provechosamente para los que lean estas *Meditaciones*, la suprema economía de la humana vida, encerrada, como entre un paréntesis, del Génesis al Apocalipsis, ligados entre sí con este clamor enseñado a los hombres por Cristo Señor Nuestro:—"Padre Nuestro que estás en los cielos!....Venga a nos el Reino tuyo!...." clamor de los pobres hijos pecadores al Padre, clamor que para la demanda del Reino, tiene una condición, —la de que sea santificado el nombre de Dios, esto es, honrado por la libertad humana en sus actos, cual lo exigen la fidelidad y obediencia que debemos a Dios como hijos adoptivos suyos. (\*)

De este modo, el libro menos leído, aun por gentes de vida espiritual, el libro complemento de las Escrituras, el libro tema de fantasía de literatos y poetas racionalistas, libro de esperanza porque nos consuela con el regreso de Jesucristo a estos mundos en que vivió y parece que, aun en los escenarios de su vida nostálgicos le lloran, —el Apocalipsis, meditado por nuestro piadoso y docto autor "implorando previamente el auxilio divino" será una fecundísima novedad para la alma cristiana, aun para las que no están dentro de nuestra comunión católica.

Ellos los divididos con nosotros por entre sutiles tabiques que en Cristo esperamos sean rotos!,—ellos viven también de fe, de amor, de esperanza en el Hijo de Dios. Acaso para alguno de ellos las *Meditaciones* católicas del Dr. Matovelle les llegue como el amoroso ardid de José en Egipto:—hablar por medio de intérpretes con sus hermanos, como si no quisiera delatarse yá yá entre ellos en la lengua paterna, con la que, reconocidos, reconciliados, romperían luégo en zollozo

---

(\*) *Praeceptis salutaribus moniti et divina institutione formati audemus dicere: ¡Pater Noster qui es in coelis!....* Canon de la misa.

*Santificamini et estote sancti, quia ego sum Dominus Deus vester. Custodite praecepta mea et facite ea: ego Dominus qui sanctifico vos.*—Levítico, XX.

*—Regnum tuum, regnum omnium saeculorum, et dominatio tua in omni generatione et generationem.*—Psal. 144.

de reencuentro, de perdón y de diálogo acerca de la lejana casa del patriarca.

Así tal vez para algunos de nuestros hermanos cristianos disidentes de nuestra fe católica, les sean intérpretes de ella los sagrados textos nó expreso aducidos por nuestro autor para dialogar con ellos.

El Apocalipsis no es un libro totalmente ininteligible, que a serlo holgaría entre los revelados;—requiere en el lector profunda humildad ante Dios;—si es obscuro, su obscuridad es la de la profecía;—si objeto de varios sistemas de ortodoxa interpretación, el preferido por nuestro autor es el de considerarlo referente a la segunda venida del Salvador al mundo.

Juzgándolo así "¿cómo deberá, dice, prepararse la Iglesia para el segundo advenimiento del Mesías? He aquí el asunto fundamental del Apocalipsis, libro principalmente profético, pero también profundamente dogmático y moral en que se instruye a los fieles sobre los grandiosos sucesos que precederán y acompañarán a la venida del Señor en gloria y majestad. Pues, así como la Sinagoga preparó el mundo para la primera venida del Mesías, la Iglesia lo dispondrá para la segunda. El Evangelio es el Apocalipsis o revelación del advenimiento primero en el dolor y humillación de la Cruz; y el Apocalipsis es el Evangelio del advenimiento segundo entre las magnificencias y gloria triunfal del juicio."

## II

Para juzgar sobre las *Meditaciones* requeriríanse muchas y nutridas páginas que, ampliando el cumplido elogio hecho por el R. P. Caicedo y por el doctísimo censor del libro, R. P. Jorge Kaiser, no podrían ser escritas sino por quienes se les equilibrasen en piedad y ciencia.

Yo, menestéroso de ellas y mero anunciador en bibliografía ecuatoriana, me limitaré a consignar algunas de mis impresiones brotadas de las hojas de este libro, cuyos materiales de ciencia y erudición suministrados por las Sagradas Escrituras a la Teología y la Apologetica de otros magistrales libros, se ostentan hoy en el del Sr. Matovelle en novísima y elegante arquitectura, por lo que mira a lo literario; que, cuanto a la

doctrina, encierra un riquísimo arsenal de ascética y mística, y hermana el esperanzado regocijo de los justos con sus congojas al través de las terroríficas visiones del Apocalipsis.

Hable mejor que nosotros el mismo autor de *Meditaciones*.

“Con el Apocalipsis se descifran los enigmas aparentes de la historia toda de la Iglesia y se nos enseña en qué consiste el reino de Cristo en este mundo. Lección oportunísima, puesto que ahora más que nunca se sienten movidos los fieles a clamar al Cielo por el pronto advenimiento de ese reinado divino. *Adveniat Regnum tuum!* es el grito imponente y unísono que resuena en los ámbitos del orbe católico. El Apocalipsis nos demuestra cuál es el verdadero sentido que debemos dar a esta oración bellísima. Este reinado admirable principio ya con el nacimiento del Salvador en Belén, pero no adquirirá su última perfección sino después de los tiempos, cuando entraremos en posesión eterna de los Cielos. En cada edad de la Iglesia se desarrolla alguna nueva faz, se descubre algún otro misterio de aquel reinado admirable: he aquí por qué podemos y debemos con toda razón pedir, como nos lo enseñó nuestro Redentor, el advenimiento del reino de Dios, esto es, su desarrollo, su propagación en el mundo y su perfeccionamiento supremo y final en el Cielo... Hettinger ha dicho con justicia que “no solamente la Iglesia, sino toda la historia del linaje humano no es otra cosa sino una inmensa Cristología...” La Escritura Santa toda entera se resume en aquellas últimas palabras del Apocalipsis: *Veni Domine Iesu...* (Pág. 6; 7). Estas tres palabras son el último resumen o como la quinta esencia no solamente del Apocalipsis, sino de toda la Santa Escritura. El Antiguo Testamento todo él se compendia en esta ardiente aspiración de Isaías: “Envía ¡oh Señor! al Cordero dominador de la tierra”, o único Rey supremo de toda ella: *Emitte Agnum, Domine, dominatorem terrae* [XVI, 1]; el Nuevo Testamento en estas otras del Apocalipsis: *Veni Domine Iesu*—(Pág. 927).

Así la oración del Padre Nuestro enseñada por Nuestro Señor Jesucristo, lánzase en clamor por el advenimiento del Reino después de que lo hayamos creado en nuestras almas con la fidelidad del amor a Dios. ¿Cuándo el día del definitivo

Reino conquistado así, para luego ser misericordiosamente concedido?

¿A qué cavilar humanamente en ello? Cavilaban también los Apóstoles, y Jesucristo les atajó en esas cavilaciones con esta ternura que imagina Teofilacto: "Se hubo el Señor con ellos como el padre al que le pide el hijo pequeño algo que tiene en las manos y no conviene dárselo, y escóndelo y muéstrale las manos vacías para que piense que no lo tiene y que por eso no se lo dá. *Sic et Dominus inquit quasi pueros Apostolos alloquens, occultavit diem* [\*]

Negándoles la respuesta, el Señor les ofreció la venida del Espíritu Santo y su virtud, mientras la iglesia con sus Apóstoles y fieles seguiría atestiguando a Jesucristo hasta la consumación de los tiempos. Dicho esto fue elevándose a los cielos (Act. 1)

El Espíritu Santo asiste, pues, y fecundiza nuestro diario clamor "¡venga a nos el tu reino!...." nos guía y conforta, a su conquista, surcando entre nuestras tinieblas, entre las borrascas nuestras del alma; y, lo que nos es más conmovedor, —ruega y gime por nosotros con ese inenarrable, misterioso gemido del que habla S. Pablo, gemido que es para convidarnos a gemir con Él. *Postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus* (Rom. VIII, 56), que así declara San Remigio:— *Postulare etiam dicitur pro nobis, ac gemere, quia quoscumque gratia sua replet, postulantes facit et gementes pro suis reatibus et aliorum.*

Llévenos esto, por entre saltos, como vamos por las *Meditaciones*, arrástrénnos a lo que ellas maestramente consagran al Espíritu Santo.

Lógico es detenernos un punto en este divino, estrecho, persistente vínculo entre nuestra santificación, nuestro dolor y nuestras supremas esperanzas,—vínculo, atracción, esfuerzo persistentes en la vida espiritual y tan a menudo olvidados en nuestras devociones.

---

[\*] V. ESCRIVA. *Discursos sobre Los Novismos* (Año 1609) Novis. 2.

*El Espíritu Santo.*

Con la vasta perspicacia de un espiritual doctor, desplegando en el análisis la inconsútil túnica de las Divinas Escrituras, muéstranoslas concordantes en Jesucristo, centro y explicación de ellas, por más que un franco racionalismo y un hipócrita modernismo dogmático ocupen hoy el sitio en que, la tarde de la crucifixión los verdugos sorteaban en juego la inconsútil vestidura que arrancaron a la Víctima para desnuda provocarla en cruz al escarnio de las decididas turbas.

“Ayer, hoy y por los siglos de los siglos ¡El mismo!”, —como lo proclamó en admirable síntesis el Apóstol S. Pablo, Así Jesucristo en la vida del tiempo y de la eternida unifica en Sí todo desde el embrión de los mundos entre cuyos torbellinos vagaba el Espíritu de Dios, hasta el tránsito que, con el cataclismo de ellos, se abrirá al Reino que eternamente imperará en justicia y misericordia y gloria, y en inefable manantial de ese mismo Espíritu que, al comienzo de los tiempos, vagaba por entre el misterioso torbellino de sus gérmenes, como para que, pasados los tiempos de la mortalidad,—surgiese la inmortalidad vivificada en Dios.

Sobre el texto del Apocalipsis:—“Y el Angel me mostró un río de agua vivífica, claro como un cristal que manaba del solio de Dios y del Cordero,”—observa muy bien Hettinger simbolizada la vida del Cristianismo.

Pero el Sr. Matovelle avanza a más amplio sentido, a más perdurable fecundidad de ese misterioso río, y en espiritual doctrina teológica y con erudita documentación de piadosos expositores, va más arriba de adonde se situó el sabio apologista Hettinger que no quiso hacer subir todavía a los ápices de la vida mística a lectores los más de ellos acaso extraños aún a la vida ascética.

Nuestro autor con maravillosa síntesis, con atracción a la vida del alma por entre sus operaciones, por entre la gracia que maestramente y en compendio, dice ser “semilla de vida eterna que germinará en el cielo, glorificando y como deificando a los justos” [pág. 851]—radica al Espíritu Santo en ese

misterioso río manante del solio de Dios y del Cordero. Goce el lector en la lectura del quinto capítulo de la séptima parte de las *Meditaciones* de nuestro autor, que ya en su hermosa *Novena del Espíritu Santo*, con que le da devotísimo culto en la Iglesia de los Oblatos de quien es fundador y padre,—tanto muestra su saber teológico, como derrama fruición al tratar de la economía de este augusto e insondable misterio.

En apoyo de la exposición de nuestro autor, permítansenos citar la autoridad del abad Ruperto y añadir lo que éste, además del primor con que comenta la corriente del río y su fecundidad, como lo hace el Sr. Matovelle, agrega una comparación al *crystal* del sagrado texto, cristal al que ve como símbolo de la glorificación del cuerpo de los justos. El Sr. Matovelle lo ve simbólico de la Humanidad de Cristo resucitado. (pág. 197) Entrambas interpretaciones armonizanse lógicamente en la inmortalidad de Jesucristo.—“primicias de los que duermen”—, en el profundo decir de S. Pablo. [I, *Corint.*].

Dice el abad Ruperto, citado por Biosio en el libro IV de *La recreación del alma*:

“Aquel río es la abundancia de contento y de alegría de que el salmista dice (Ps. 45):—El ímpetu del río alegra la ciudad de Dios.—Y Isaías (66) para consolar a los hijos de esta Jerusalén, dice:—Esto dice el Señor:—véisme aquí que me extendo en ellos como un río de paz y como arroyo que rebosa gloria de las gentes“. Pues el Señor es este río, y verdaderamente lo es el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es este río de paz, este río impetuoso de gloria y de deleites y la misma abundancia de la casa de Dios, porque en aquella ciudad Él es el amor del Esposo y de la esposa ¿Y qué es sino este amor toda la bienaventuranza de aquella vida o ciudad?

“De este amor viven todos los ángeles santos y todas las almas de los justos. Por eso, como hubiese dicho:—“y mostróme un río“, añadió bien:—“de agua viva“. Y porque esa agua, dando vida alumbra y conforta, dice bien:—“resplandece como el cristal“, porque en el cristal hay juntamente claridad y firmeza, que son las hermosas insignias de aquella vida, a donde se traslucirán nuestros corazones y estarán nuestros cuerpos firmes con la bienaventurada inmortalidad y con la inmortal bienaventuranza.“

León XIII enséñanos, en su admirable Encíclica sobre el Espíritu Santo, la acción de sus dones:—“Hállanse entre estos dones aquellos ocultos llamamientos e invitaciones que se suscitan en las mentes y almas por la moción del Espíritu Santo, y que si faltasen ni habría principio de vida buena, ni progreso ni éxito de salud eterna. Y puesto que tales llamamientos y mociones se hacen ocultamente en las almas, óptísimamente en las Sagradas Escrituras se asemejan alguna vez al silbido del aura que viene; las cuales el angélico Doctor sabiamente hace corresponder a los movimientos del corazón cuya virtud se halla oculta en el sér: el corazón tiene cierta influencia oculta, y, por consiguiente, se compara al corazón el Espíritu Santo que invisiblemente vivifica y une la Iglesia”.

El Sr. Matovelle, ampliando y comentando este mismo texto de Santo Tomás, hace comprensible para todo lector la oculta acción del Espíritu Santo en la vida espiritual, diciendo:—“El Espíritu Santo es, pues, fuente de agua viva, es la vida misma, la vida eterna; es el corazón de la Iglesia, es el alma que vivifica todo el cuerpo místico de Cristo. Es tan propio de la Iglesia en general, como de cada uno de sus miembros en particular; de modo que podemos decir:—el espíritu de S. Francisco de Sales, el espíritu de Santa Teresa de Jesús. El espíritu que anima a todas las almas justas no es otro que el Espíritu Santo; único en sí mismo y multiforme en sus dones y demás gracias que se diversifican tanto como los hijos de Adán”.

Luégo, con derecho de criatura, y bien reclamado en la unidad divina, en lo providente y tenaz de su amor, asienta con derecho filial, dijérase con derecho de propiedad:—“El Espíritu Santo es tan propio nuestro, como que Él es nuestra vida espiritual, *Spiritus Sanctus datus est nobis*, el Espíritu Santo se nos ha dado como fuente de agua viva abierta en lo más íntimo del alma”.

La imaginación del poeta acude luego para sensibilizar vivamente el concepto teológico en la suprema gloria de la visión beatífica.

“Desprendida apenas el alma bienaventurada de las ligaduras del cuerpo, o después de haber pasado por la terrible expiación del Purgatorio, al presentarse en los dinteles del

Cielo, resonará en sus oídos un trueno horrendo y fragoroso, cual si se hundiera toda la máquina del universo; ante ese fragor inmenso, aniquilador, se abrirán, se ensancharán, adquirirán su mayor capacidad posible todos los senos del alma: esto es, todas sus facultades adquirirán el grado máximo y supremo de capacidad, y se pondrán en acto; y en aquel vacío inmenso, insondable de alma, se derramará estrepitoso, atronador el Espíritu Santo, rompiendo todos los velos, rasgando todos los misterios; y ante las miradas atónitas del alma sumida en su anonadamiento y profunda adoración, quedará patente en todo su esplendor la esencia divina. *¿Quis poterit tonitruum magnitudinis illius intueri?* (Job. XXVI, 14). Si la omnipotencia divina no viniera entonces a sostener la debilidad de la criatura, quedaría ésta aniquilada al peso intolerable de esta intolerable grandeza; pero, por el prodigio más alto e incomprensible de omnipotencia divina, el alma limitada y miserable del hombre tendrá capacidad para ver y contemplar cara a cara a su Dios, y lo verá y lo contemplará en el éxtasis inefable de la bienaventuranza eterna."

Grandiosa concepción teológica declarada con ímpetu que arrastra a su trascendencia mística!

Pero, prosiga el teólogo afeanzado en los sagrados textos, y el espiritual poeta sugiérale al teólogo imágenes con que, contemplador de la naturaleza,—libro abierto por Dios a ojos que quieran leerlo para alabarle—, sobrecoje con vértigo entre cuyo torbellino al amor le prende alas de águila a la esperanza:

"El río de luz y de amor que, cual fragoroso trueno, retumbará en todas las concavidades del alma al derramarse en ella, será este río que contempló S. Juan en el Apocalipsis: *Et ostendit mihi fluvium aquae vitae, splendidum tamquam crystalum procedentem de sede Dei et Agni*. Este río divino mana en el seno del Padre y en el corazón del Hijo: *procedentem de sede Dei et Agni*; Él es esa corriente impetuosa de fuego que va del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre: *Spiritus vero Sanctus divina bonitas est ac patris Filiique inter se caritas* (Encicl. *Divinum illud Munus*); Él es como un mar de suavidad y dulzura que, anegando en felicidad al Padre y al Hijo, se derramará a raudales sobre todos los bienaventurados, y aún en cierta medida sobre las criaturas to-

das: *Spiritus Sanctus qui est in Trinitate genitoris genitique suavitas, ingenti largitate atque ubertate perfundens omnes creaturas* (S. Aug. De Trinitate 1.6, cap. 9). En este río de luz y de amor que en incesante reflujo se lanza del Padre al Hijo, y del Hijo al Padre, son sumergidos todos los bienaventurados; este es el torrente de delicias en que son embriagados eternamente: *Torrente voluptatis tuae potabis eos.*

“Este río de infinito amor al precipitarse en las concavidades del alma y llenar todos sus senos, excita en ella una actividad tan portentosa, que no hay lengua ninguna que pueda expresar cuál sea ese volcán de caridad en que arden los espíritus bienaventurados, al mismo tiempo que disfrutan de una paz, suavidad y delicia inefables: *Una et continua et sempiterna operatione in illo beatitudinis statu mens hominis Deo coniungitur* (1<sup>ra</sup> 2<sup>a</sup>, q. 3 a 2, ad. 4.) Así es como ese río de amor y de fuego, que es el Espíritu Santo, convierte también en fuego, al sumergirlos en Él, a todos los Espíritus bienaventurados: *Qui facis angelos tuos, spiritus: et ministros tuos ignem urentem* (Ps. 103).

“Uno de los espectáculos más imponentes y sublimes de la naturaleza es, sin duda alguna, el que ofrece la catarata del Niágara, formado por el lago Erie que se derrama en el Ontario: pues esta gradiosa escena de la naturaleza puede sugerirnos alguna remota idea de lo que será esa catarata de amor y bienaventuranza formada por ese río divino que, allá en el Cielo, se precipita fragoroso en las profundidades del alma justa, desde el instante en que ella entra en la visión beatífica. Refieren los viajeros que en el Africa central, en el gran lago Tangánica, se admira un fenómeno grandioso:—las aguas del lago, al chocar en algunas concavidades muy profundas de que están perforados los acantilados de la orilla, producen un ruido atrozador que se oye a inmensa distancia a la redonda ¡Qué fragor tan imponente y magestuoso será aquél! Pues esto nos sugiere otra semejanza, aunque muy imperfecta, de lo que será el trueno de la visión beatífica que retumbará por todos los ámbitos de la eternidad. *Et ostendit mihi fluvium aquae vitae, splendidum tanquam crystallum procedentem de sede Dei et Agni*.” (Págs. 860, 2).

Actuando la inefable acción del Espíritu Santo, no só-

lo en las almas, sino en la historia que cada instante va avanzando al fin de los tiempos, cita y comenta así a S. Agustín:—“*Non potest vivere corpus Christi, nisi de Spiritu Christi* (Tract. 26 in Ioan). Ese mismo divino Espíritu que descendió sobre los Apóstoles en Pentecostés, es el que sigue y continuará derramándose sobre toda la Iglesia hasta la consumación de los siglos. Estos son, pues, los tiempos del Espíritu Santo, conforme a la promesa hecha por Nuestro Señor Jesucristo antes de subir a los Cielos:—“Yo rogaré al Padre y os daré otro Consolador. No os dejaré huérfanos. *Et ego rogabo Patrem et alium Paraclitum dabit vobis..... Non relinquam vos orphanos.* (Joan, 16, 18)“.

Ser estos tiempos de nuestro vivir, de nuestros combates, de nuestros dolores y esperanzas, ser todos estos tiempos, tiempos del Espíritu Santo.....Admirable requisitoria hecha por el autor a la vida espiritual en nombre de Jesucristo que, al despedirse de los hombres, para la segunda venida a esta tierra de que fueron hechos y a la que retornarán en tierra la carne con la que el alma mereció o desmereció,—les ha dejado la impalpable pero amorosamente tenaz y gemidora compañía del Espíritu Santo.



IV

*Concepto de la Historia.*

Época alguna como la moderna ha prosperado en el esmero de cultivar la historia, a cuyo servicio se han disputado últimamente disciplinas auxiliares, desatendidas o ignoradas o no sospechadas por los primitivos historiadores.

Desgraciadamente, el fárrago de ellas no se ha limitado a desapasionada investigación, al estudio y análisis de datos auxiliares de los hechos, sino que ha avanzado a naturalizar la historia, a ver a la humanidad en una intrascendente evolución, después de tratarla en un germen de generación espontánea, anuladora de la ética de la vida, porque se la ha desligado de su divino origen; y así desligada lánzase a los azares de los fenómenos morbosos de la voluntad irresponsables ante una ley moral divina que, como creadora y auxiliar de vida, compasará el mérito de ella para una final sanción, que justiciara en premio y en castigo, restablezca definitivamente la quietud del fiel de la balanza,—sacudida, sin lograr afirmarlo, mientras las pasiones de individuos y de pueblos desequilibren la mansedumbre del nivel.

La erudición de la historia, su deslumbrador programa de convocación a las modernas artes auxiliares, el temor de quedar indiferentes a su poderoso concurso en la disciplina de la inquisición y procedimiento,—hacen frecuentemente que, siguiendo por el campo de la historia, se lo recorra como en un arrenal tras las huellas de un cuadrúpedo que pasó o las de un pájaro que descansó para el vuelo.

Historia que desnaturaliza al hombre en su origen y en su vida y en su final destino, y que considerándole como a un determinado producto de factores divorciados de su divino origen, le quita las glorias debidas al libre albedrío,

paralelo a la norma eterna del Creador que se la dió, o divergente de ella;—llega a este extremo de franco naturalismo de Taine, a saber:—que la historia es menos análoga a la geometría, que a la fisiología y a la zoología, zoología y fisiología determinadas por él en la fatalidad de raza, medio, tiempo.

Tuvo miedo de la geometría, y en ella, del simbolismo de un punto generador de círculos por radios que, llámen-se individuos o pueblos, giran y se extienden desde el pie de la Cruz de Jesucristo hasta la consumación de los tiempos.

A la historia hablaba así, aunque hoy en vano, Bossuet el gran filósofo de la historia, citando a S. Pablo: “¿Qué no podemos, pues, pretender? Aquel que “nos ha amado siendo pecadores, hasta dar la vida por nosotros ¿qué nos negará después que nos ha reconciliado y justificado por su Sangre?” (*Rom. V*).—Todo es para nosotros por Jesucristo: la gracia, la santidad, la vida, la gloria, la bienaventuranza. El Reino del Hijo de Dios es nuestra herencia. Nada hay que nos sea desproporcionado, como nosotros mismos no nos envilezcamos”. (*Disc. sobre la Hist. universal, cap. 19.*)

Este enérgico verbo de Bossuet,—*envilecerse*—es para individuos y pueblos, en la geometría de la historia, descentralizarse de la Cruz de Jesucristo.

“La soberbia introducida en las almas, debilita en ellas la fe cristiana (que pide el obsequio religiosísimo de la inteligencia) haciendo necesariamente más tétrica la obscuridad en derredor de las cosas divinas, de tal modo que a muchos sea aplicable aquello de que, *blásfeman* de lo que ignoran..... Los individuos y las sociedades tan necesariamente como reciben su origen de Dios, así no pueden en otro alguno, vivir, moverse y hacer bien alguno más que en Dios por Jesucristo} de Quien ha manado y mana abundantemente cuanto hay de bueno y bello.” (*León XIII, Enc. Mirae caritatis*).

¡De bueno y de bello! admirable compendio de la doctrina y acción de Jesucristo en la tierra, y sobre la tierra:—para la ascética, sobrenatural disciplina de la vida, para la estética, ala gemela de aquélla en espirituales ascensiones, alas entrambas juntas en el encumbramiento a lo eterno tras la esfumada ascensión de Jesucristo que, al remontarse de la tierra al Cielo dejaba, es-

tela de magisterio, esfuerzo, esperanza, espiritual goce de las criaturas sobre estos mundos, en la impalpable pero viva, pero tenaz en amor ¡aunque tantas veces olvidada! acción del Espíritu Santo.

Llévase, navega Él por entre este mundo moral, caos de humana confusión;—flota, atrae, surca, hasta volver, por sobre la angustia de los mundos fracasados, como el final espirar de aire que el que suspira lanza afuera, después de haberle aspirado del ambiente con ansia de recogerlo en higiene de vida o en fugitivo desahogo de dolor.

Así, entre Jesucristo venido y venturo enciérrase la historia de la humanidad, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, en absorbedora síntesis que en este pasaje como en tantos otros de su libro, ha concretado nuestro autor.

“Los sucesos colosales que dominan la vida de la humanidad y encuadran toda la historia como en un marco, son los dos advenimientos del Señor: ante ellos los demás acontecimientos son como si no existiesen”—

Aquí el hijo del Ecuador, el viajero por entre sus paisajes que, como a espiritual, le sugieren poesía y piedad al contemplarlos, suscítalos para sensibilizar sobrenaturales conceptos:—“Cuando un viajero recorre por vez primera nuestras planicies interandinas, y tiene delante de sí la enorme mole del Chimborazo, cree va encontrarse con ella tras cada collado y cada curva del camino que transita, siendo así que le apartan del nevado leguas y leguas aún; a este modo los hagiógrafos del Nuevo Testamento nos hablan del día del Juicio cual si estuviese ya a las puertas: *Ecce Iudex ante ianuam assistit*, (Iacob, V. 9) y cual si los que en la actualidad viven sobre este mundo no hubiesen de morir sin contemplar antes al supremo Juez viniendo sobre las nubes a residenciar a los hombres: *Nos qui vivimus, qui relinquimur, simul rapiemur cum illis (qui dormierunt) in nubibus obviam Christo in aera* (1. Thes IV, 9)“

El Sr. Matovelle alejándose del paisaje, éntrese por historia militar, como cuadra a la guerra del hombre pasajero por la tierra:—“Si un historiador cualquiera se propusiese describir las grandes victorias de César o Napoleón, pondría su atención principal en describirnos esas célebres ba-

batallas, no deteniéndose sino lo preciso en hablar de los movimientos previos de las tropas. Así han procedido los autores inspirados: háblannos de las dos grandes batallas trabadas por Cristo en su primero y segundo advenimiento contra el infierno, pero dejan en la sombra lo restante de la historia de la humanidad, que se reduce a un largo y sucesivo desfile de todos los pueblos y naciones ante el trono del Cordero: cada uno de ellos a su turno sumérgese en la sangre divina del Redentor para lavar en ella las vestiduras y luégo presentarse en el día del triunfo con palmas en las manos. *Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt? et unde venerunt? Hi sunt, qui venerunt de tribulatione magna et laverunt stolas suas, et dealbaverunt eas in sanguine Agni.* (Apoc. VII, 13. 14). He aquí, pues, según el Apocalipsis, el último resumen de la larga y trabajosa peregrinación de la humanidad sobre este mundo.

“Cuando todas las escenas precedentes, terribles o consoladoras, háñse ya desarrollado a la miradas del vidente, antes que el telón todo lo cubra de improviso, algunas palabras se hacen oír todavía, ecos de los sentimientos que se atropellan en el alma: ¿Y cuáles son éstas? Por tres veces la voz de Jesús repite: *Ecce venio velociter* (vers. 12)—*Etiam venio cito* (vers. 20); a lo que el Espíritu y la Esposa contestan: *Veni* [vers. 17] *Amen..... ¡Veni Domine Jesu!* (vers. 20)—Págs. (69-71).

¡Ven, Señor Jesús!.....¿Con qué plegaria hecha gemido puede el alma cristiana, sino con ésta y tan suprema, vivir unificando al clamor ante la misericordia divina en cada necesidad de la pobrecilla vida, el sollozo lanzado a los pies de Jesucristo para cuando, ya acaso la vida se ahogue en la garganta del pecador, pidiendo en vano tardías breves palabras para echar tartamudeos de adoración y sobrecogimientos de pecado ante el Juez que viene después de que fue Verbo Creador, Verbo hecho Hombre para redimir, Cristo muerto en Cruz, Cristo que, resucitado y subido a los Cielos, nos dejó al Espíritu Santo, Cristo que vendrá, y cuya última palabra de premio o de castigo será un definitivo ¡Amén!.....sobre la destrucción de los mundos de pecado y con el ascenso a otros que no podemos presentir ni aun imaginar, cómo con la na-

turalaleza angélica, la humana glorificada, llegue a rendir eterno vasallaje al Señor.

Hasta entonces, en el seno maternal de la Iglesia militante están buenos y malos, hombres y pueblos, para en amorosa providencia estrechar a unos y llamar a otros como depósito que le ha dejado Jesucristo, como holocausto que ha de rendirle,—ya, regocijada en el triunfo de los buenos,— o bien dolorida en instante plegaria por los malos. De este modo, la historia de la humanidad unificase en el corazón de la Iglesia, por más que el humanismo racionalista salga a vagar, y a la postre, desconsolarse en lo íntimo suyo, aunque no le sea dado, por soberbia suya que a veces le seque las lágrimas, volver como el pródigo al abrazo y las fiestas de la paterna casa.

Pero la Iglesia militante que vive en tal holocausto, necesita condigno altar. ¿Cuál?... Respondanos el autor de *Meditaciones*. «Cristo Señor Nuestro es propiamente nuestro altar, pues Él es quien da valor y mérito a todos nuestros sacrificios, oraciones y buenas obras, y, por lo mismo, Él es el altar que santifica todos nuestros dones, *altare quod santificat dominum*. Sin embargo, como cuanto es de la cabeza lo es también, bajo algún respecto, de los miembros, porque cabeza y cuerpo no forman sino un sólo todo, en este sentido podemos decir que la Iglesia es un altar: *Sublime altare Dei dicitur ipsa Ecclesia triumphans*. Cabalmente el Apocalipsis, en su segunda parte, nos ha mostrado a la Iglesia, ya como el altar de los holocaustos, ya como el altar de los perfumes. *Vidi subtus altare animas interfectorum propter verbum Dei..... Factum est silentium in coelo quasi media hora*. De este mismo símbolo se vale ahora el Espíritu Santo para revelarnos las profundas verdades contenidas en la parte tercera de este libro sagrado.

“Así como en el rito mosaico había dos altares: el uno, en la parte exterior del templo, en el atrio; el otro en el recinto interior, llamado el Santo; el primero, el altar de los holocaustos, construído de piedras y bronce, junto al cual se oía el mugido de los becerros y el balido de las ovejas, y corría a raudales la sangre de esos animales, altar sobre cuyas brasas chirriaban las carnes y se derretía la grasa de las víctimas;— el segundo labrado de madera de Setim, cubierto con

láminas de oro finísimo y colocado en el interior del templo, donde reinaba una soledad y un silencio imponentes y solemnes, altar desde el que en las horas prescritas se elevaba calladamente el humo aromático y suavísimo del timiama,—así ocurre ahora con la Iglesia militante y triunfante. En la primera todo es sangre y dolor y gemido y persecución: *Subtus altare, animas interfectorum*; en la segunda, la paz dulcísima del éxtasis eterno: *Factum est silentium in coelo*“, (Págs. 297, 8).

Traslademos esta bella y espiritual antítesis entre las Iglesias de la tierra y del Cielo, explicación de la historia,—y sugeridos por nuestro autor, ahondémosla al secreto de las almas en la Iglesia militante, y allí en todas ellas sorprenderemos la vida ascética en el primer altar hecho de piedras y metales para robustez, y ensangrentado de sacrificio, y en el segundo, en el oro, en el de maderas que aún exhalan aroma después de arrancadas del suelo,—la vida mística, dada no a virtud del alma sino a extraordinaria merced del Señor (\*)

---

(\*) Bien armoniza con el simbolismo que nuestro autor sorprende maestramente en el rito mosaico, una análoga espiritualísima aplicación que de él hace Arnaldo Carmotense a la acción de los Santos Apóstoles Pedro y Juan, ligados aquél a la Iglesia y éste a María Santísima:—“He aquí que otra vez (traduciremos a Arnaldo) es honrado el discípulo a quien habiéndole cabido en la cena del Señor reclinarse en el pecho del Maestro donde entendió que “en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios“, he aquí que Aquella en quien el Verbo se encarnó, le fue piadosamente encomendada por el Hijo.—A Pedro se le encomienda la Iglesia, María a Juan; a aquél ministerios de combate, a éste de apacibilidad; al primero atrios, vestíbulos, altares ensangrentado; al segundo el altar del incienso y el Sancta Sanctorum. A lo excelso de sus ministerios, nadie es llamado: solo uno, al Propiciatorio, sólo otro al Vaso de oro colmado de Maná, y al Libro de la divina ley“—(Arnaldo.—De 7 ver. Dom. tract. 3)

Tomamos esta cita de la *Vida de San Juan Evangelista*, publicada en el siglo XVIII por el Canónigo Tesorero de la Catedral de Quito Dr. Agustín Zambrano, quien a nombre de un autor anónimo, la dedicó al Deán y Cabildo de la Metropolitana de Lima (Quito Abril 17 de 1761).

A nuestro juicio, y hasta no tener prueba en contrario mediante las investigaciones que hacemos, el mismo Dr. Zambrano parece ser el autor de este libro sorprendente por su erudición, aparte del mérito general justamente ensalzado en los dictámenes y aprobaciones que preceden al texto.

*Blasfeman de lo que ignoran.* Esta frase aducida por el inmortal Pontífice León XIII—caracteriza al moderno racionalismo que, soberbio de sus humanas concepciones, rebelde a lo que pudiera sugerirles lo divino en el origen del ser humano, pero repetidor del *non serviam!*.....—campa risueño y pasa, haciéndose generoso en concesiones al arte del simbolismo literario, por sobre la doctrina que encerró Cristo Señor Nuestro en parábolas de esperanza y de terror, inteligibles para sólo quienes humildemente sepan oír las y entenderlas.

A los oyentes pescadores díjoles Jesucristo que la red echada a la mar recogía toda suerte de peces escogederos para aprovechamiento y para desecho. Así, al fin de los siglos, pescadores en las riberas de la eternidad los ángeles serán ministros de la justicia divina en la definitiva selección.

En resplandor de joyas estaría alguno de los oyentes de Jesucristo, y carnales entenderíanle ansiosos de que se les hiciese real el encuentro de una perla preciosa, tan preciosa, que por adquirirla, se acelerarían a vender cuanto tuviesen; pero espirituales ótros, comprenderían la suprema ganancia en echar por tierra las naderías de la vida para, sobre ellas, avanzar a la conquista del Reino.

¿Le oían los labradores?—Campo sembrado de trigo y dañado de cizaña, a nocturnidad regada por el enemigo, estimulariales a la vigilia y centinela suscitadas por esta maravillosa parábola en la que Cristo Señor Nuestro, al hablar del trigo, estaría socrecogiéndose de amor a los hombres, al tender los divinos ojos por entre campos donde estarían creciendo rigales undulantes, gérmenes de la Hostia en que perduraría hasta el final de los humanos tiempos.

Todo esto, dado a entender a los humildes que a nada aspiran sino a la doméstica vida con Dios, es o desconocido, o es menospreciado por quienes, más infelices que los aún no entendedores de la cristiana doctrina, la echan a la cauda de su humana y pretensa ciencia para *blasfemar de lo que ignoran*, y labrar una historia, especie de palacio en fábrica habitado por ciegos, por enfermos engendrados en raza enferma, por actores de teatro en escenarios de fugitiva moda, nó por hombres libres, señores de su esfuerzo y, en él, revenciadores a Dios, éllos a quienes el Apóstol S. Pedro (*Ep.*

I, 2) veales como en arquitectura de un palacio tan lleno del espíritu divino, que cada hombre, piedra de ese monumento de glorificación al Señor, estuviese cual sacerdote en oblación de buenas obras a Dios, por Jesucristo;—“Allegándoos al Señor que es la piedra viva, desechada por los hombres, pero honrada y escogida por Él,—sed dedicados vosotros mismos como piedras vivas en casa de espíritu y sacerdocio santo para holocausto de espirituales sacrificios que por Jesucristo sean aceptos a Dios.”

Breve, sapientísimo resumen de Filosofía de la Historia, estampado en una carta del primer vicario de Jesucristo, y amplificado y consagrado por entre cuantos son y serán los siglos en que gobiernen y enseñen y prendan fuego de caridad los sucesores de S. Pedro.

Si algo engrandece al hombre es reverenciarse como obra divina, como señor de su libertad y, con ella, conquistador del Reino de Dios.

Filósofos, políticos, moralistas, sociólogos que lo consideran fatal y mero producto de raza, ambiente, tiempo, aplebeyan a la grandeza humana echándola a un escenario de dehesa; y así aplebeyada la atreven a los derechos de Dios en la humanidad, criatura suya, y que, combatidos como son, están reservados al definitivo justiciero triunfo del Señor con su Iglesia. ¿Cuál la condición de ella en la tierra?

“La persecución es su lote, no hay duda, porque esta fue la herencia que el Salvador le dejó al morir en el Calvario; pero en cambio, ella sola reúne en sí de modo inamisible las cuatro notas características de la verdadera Iglesia, que lucen como estrellas de primera magnitud en su diadema, ella sola extiende la luz del Evangelio sobre toda la faz de la tierra, y se reviste con el manto de oro de la divina caridad.

“Todo esto es ya un espléndido triunfo que vanamente se esfuerzan por alcanzar las sectas, y, sin embargo, no terminan aquí las aspiraciones de la legítima esposa del Cordero: a ella se le ha prometido una victoria aún más gloriosa y completa, que ha de lograr sobre todos sus enemigos acá en esta misma tierra, antes de la consumación de los tiempos. A impetrar este tan anhelado triunfo se enderezan hoy las súplicas más fervientes de los fieles en toda la redondez del globo:

¡*Adveniat Regnum tuum!*—“¡Venga cuanto antes ese pleno, acabado, perfecto Reinado de Cristo y de su Iglesia sobre todos los pueblos y naciones del mundo!” es la divisa de un sinnúmero de asociaciones piadosas, y esas ardorosas y asiduas plegarias penetrarán al fin las nubes y llegarán ante el acatamiento divino y obtendrán lo que piden. Así lo espera la fe inquebrantable de todo el orbe católico”—(*Matovelle*, págs. 840, 1.)

El humanitarismo, tentación de la Eva—Razón hoy consorte tentadora contra la soberanía del Señor, el anhelo del endiosamiento propio, el desafío a Dios en sus criaturas, extreman ante el mundo fiel a Jesuista la dolorosa escena del Paraíso, concluida en humillada tragedia en que había diálogo de criatura a Criador, de pecado a misericordia;—mientras en el moderno paraíso de la tentación humanitarista de la razón independiente, el hombre espeta himnos de atrevido efímero triunfo suyo a lo hondo de los cielos, y se regocija con la turba que engendra y engendrará, una raza de Caín el fratricida matador de Abel, de éste el oferente de primicias campestres, de éste el humilde y tanto! hasta no pretender igualarse con ellas en devota oblación al Señor.

Y entretanto, a despecho de la ingratitud y ceguera humanitarista en la acción de la Iglesia Católica perdura hasta el fin de los tiempos, como cantar de cuna, como arrullo de madre, esto del Deuteronomio. [P. I]:—*Portavit te Dominus Deus tuus ut solet homo gestare parvulum filium suum*; y más tiernamente de Oseas (C. XI):—*Ego quasi nutricius Ephraim, portabam eos in brachiis meis*.

“Reinemos nosotros”, proclaman los enemigos de Dios y de su Iglesia; mientras los fieles a Dios en su Iglesia clamamos porque Dios reine en nosotros y nosotros seamos dignos vasallos de su imperio, glorificando su santo nombre y clamando porque advenga aún en la tierra la grandeza de su eterna ulterior soberanía.

De este modo, por entre páginas de las *Meditaciones*, sembradas de piedad y doctrina, surgirá hasta para sociólogos serenos, el concepto de la historia como teatro de libertad, como responsable lucha de hombres,—olas de una mar

que avanzan a romperse fracasadas, o a deslizarse mansamente en las eternas playas.

“Después de esto oí, nos refiere S. Juan, como voces de mucha gente en el Cielo: *quasi voce turbarum multarum in coelo*, que decían: ¡Aleluya! La salud y la gloria y el poder a nuestro Dios. Porque sus juicios verdaderos son justos, que ha condenado a la grande ramera que pervirtió la tierra con su prostitución, y ha vengado la sangre de sus siervos de las manos de ella. Y otra vez dijeron: ¡Aleluya! y el humo de ella sube en los siglos de los siglos.

“Este y otros pasajes semejantes del Apocalipsis nos manifiestan una importante verdad, y es que los grandes acontecimientos de la historia de la humanidad no son debidos únicamente a la acción buena o mala de los hombres, ni éstos son los únicos actores de este sublime drama, sino que intervienen en tales sucesos, además del infierno y los hombres perversos que son su instrumento, el Cielo con los ángeles y santos, y la tierra, esto es, la Iglesia de Dios que en ella habita.

“Contemplada a esta luz, qué grandiosa y solemne nos aparece la historia de la humanidad: es un drama divino en cuyo desenlace intervienen el Cielo, la tierra y el infierno. Los hombres forman la trama de esa colosal tragedia, impulsados los buenos por los ángeles y santos, los malos por los demonios;—y Dios interviene en todo el drama, pero más visiblemente aún en el desenlace, decretando en su justicia el triunfo del bien y la glorificación de sus santos, y la derrota del mal y el castigo de los perversos. El nudo principal de esta intrincada trama está en el misterio sublime de la Redención, por el cual el hombre que voluntariamente había venido a ser esclavo de Satanás, es arrancado de sus fauces, comprado nuevamente al precio de la Sangre de Jesús, y puesto en la posesión de la gloria.

“El Apocalipsis nos guía como por un hilo conductor a través de este laberinto o dédalo de la historia, haciéndonos asistir primeramente al consistorio de los Cielos donde, ante el trono del Altísimo, se abre el libro misterioso de los destinos humanos, luégo mostrándonos la lucha encarnizada y gigantesca entre el dragón y el infierno, de un lado, y san Miguel y sus

ángeles del ótro. Finalmente nos manifiesta que el desenlace final de este drama no será otro que la ruina de Babilonia para siempre, y el triunfo eterno de la nueva Jerusalén en los Cielos. El Apocalipsis es, pues, por excelencia, el libro de la filosofía de la historia".—(Matovelle, págs. 651, 2.)

## V

### *El Anticristo.*

¿Será un personaje real, o una secta? Entroncará su linaje en alguna determinada raza? De dónde y de qué modo aparecerá? Pretenderá suplantar el reinado de Cristo? Arrancará genealogía de doctrina desde la primitiva sinagoga, o se atemperará al targum tejido y destejido sobre las tradiciones hebraicas?

Estos y otros problemas han venido cuestionándose respecto del terrible personaje que, al final de los tiempos, surgirá en guerra contra Jesucristo.

Desde luego, desechada la suposición de los que le desvisten de real personalidad, bien se compagina con ella la propaganda de sectas y doctrinas que tiendan a preparar su venida, ya suplantando hipócritamente el verdadero espíritu cristiano, ya directamente combatiéndolo. "Muchos vendrán en mi nombre que dirán:—yo soy y engañarán a muchos.....Entonces si alguno os dijere: Hé, aquí está el Cristo no le creáis" (San Marcos XIII—"Guardaos que no os engañe. Porque vendrán muchos en mi nombre y dirán: Yo soy el Cristo, y a muchos engañarán" (S. Mateo XXIV "Habrá entre vosotros falsos doctores que introducirán sectas de perdición, y negarán a aquel Señor que los rescató.....Muchos seguirán sus disoluciones por quienes será blasfemado el camino de la verdad". (Ep. II de S. Pedro, 2).

Sigue el señor Matovelle el más seguro camino,—el de establecer la indiscutible personalidad del Anticristo, y compaginando la profecía de Daniel con el Apocalipsis, como cuadra con la íntima correspondencia de estos misteriosos libros, juntar a la real vida de ese perverso la preparación doctrinal de sus secuaces ¿Cómo, así ese no nacido todavía tiene ya turbas

y doctores que le preparen camino, indefinidos tiempos antes de su venida? Volvamos siglos y siglos atrás, y por allá, y al comienzo de ellos, demos con la imaginación en los antros donde caído Luzbel cavila y prepara los días de venganza en la fácil estrategia concurrida por la soberbia y miseria humana, y favorecida con tales remedos que ¡ay de los incautos que en la gran calamidad de las postreras pruebas de la fe cristiana, no recuerden, para fortalecerse en definitiva lucha, las precauciones que Cristo Señor Nuestro y sus Apóstoles con insistencia nos han dejado en amorosa salvaguardia!—"Guardaos de los falsos profetas sobrevestidos de pacífica piel de oveja, ellos los lobos carniceros" (S. Mateo VII).

El autor de *Meditaciones* (\*) enuncia, a nuestro juicio, una idea completamente nueva, cuando conceptúa que las dos bestias que S. Juan vió salir del abismo simbolizan: la una al reino poderosísimo del que será uno de los principales monarcas, el Anticristo; y la otra a la secta religiosa que habrá de preconizar a ese impío cual si fuese el único y verdadero Mesías, a quien, como a tal, deberán recibir no solamente los judíos, sino todos los pueblos de la tierra.

Nuestro autor opina que ese reino que habrá de dominar sobre gran parte de la tierra, ha de tener por centro Palestina y por capital a Jerusalén, futura sede del Anticristo, y se ha de formar lenta y progresivamente al través de varios siglos, aconteciendo lo mismo con las impías sectas que han de extender y establecer el imperio de aquel malvado, ya violenta, ya hipócritamente. Supone el señor Matovelle que estamos ya a los principios de la sexta edad de la Iglesia, después de la cual vendrá la última de desolación y ruina con la aparición del Anticristo.

Todo esto escribía el señor Matovelle en 1912. ¿Habrá acertado en estas previsiones?..... Han transcurrido solamente diez años, y he aquí que, hallándonos a fines de 1922, diseñáanse aquéllas.

---

(\*) Véanse los capítulos III y IV de la parte cuarta de las *Meditaciones* del Sr. Matovelle, y especialmente el capítulo I de la parte quinta y la nota de la página 511, donde se habla del reino y secta del Anticristo.

En verdad que el mundo no se da cuenta de la fecunda trascendencia que para la causa del Catolicismo, tiene esa inaudita resolución tomada por la Liga de las Naciones, de cooperar a la formación de la Nación Judía. Apenas los aliados triunfaron sobre Alemania, el primer Ministro inglés anunció solemnemente que era ya llegado el tiempo en que debía darse "un hogar a los judíos", y de hecho parece que principia ya a formarse ese reino en que, transcurrido siglos, aparecerá el Anticristo.

Hace dos siglos solamente se habría juzgado imposible que las Naciones cristianas de Europa arrimaran el hombro a semejante empresa, y ese imposible va realizándose, y parece se prepara así el principio del reino en que a su tiempo, se manifieste el Anticristo.

¿Y cuál raza la más propicia para ello que la que, empezando por querer apedrear a Jesucristo porque dijo ser "uno con el Padre" (S. Juan X) mató en cruz a Jesucristo?— ¿Cuál sino élla la que todavía, como queriendo atenuar un criterio humano, casi risueñamente por boca de un judío de estos tiempos, Cohen, dice que, como Jesús no restableció el trono de David en Jerusalén, por esto no son culpables los judíos de no haberlo recibido por Mesías.—Targumistas como Onkelos y Jonathan ben—Uziel tratan de un poderoso rey nacido de la casa de Israel, que reinando en Jerusalén, dominará a todos los pueblos y recibirá universal homenaje (\*)

El moderno judaísmo degenerándose aun de la primitiva sinagoga, será propicio a la alianza con todos los que, aunque cristianos en el nombre, nieguen por hechos y doctrinas el absoluto imperio de Jesucristo, desfigurando su sacrosanto carácter, con perfidia de alabanzas a lo humano. Estos son los peores, caracterizados así por Miqueas (VII. 6)—*Inimici hominis domestici eius*; y por S. Jerónimo: "Pueblos ignorantes, no creáis en esos falsos amigos y pérfidos guías que se os hacen amigos, jefes y autores de herejías; porque no tien-

---

(\*) COHEN *Les pharisiens et les déicides*. Véase PAULUS *Les Juifs et le Messie*. I. pág. 63, 66.

den a vuestra salud sino a su provecho, y después de haber-  
ros engañado os postrarán a sus plantas”.

“La astucia de los herejes, dice el Sr. Matovelle (pág. 510)  
la violencia y crueldad de los tiranos, los sofismas de los fal-  
sos filósofos, los prestigios de la superstición: todo se pon-  
drá en juego contra la Iglesia, para arrasarla de la tierra, si  
les fuere posible”

*Inimici hominis domestici eius.* Los peores, ésos los  
que en el arte, en las letras, alabando a Jesucristo como mero  
hombre, le desnaturalizan de su divino señorío, le colocan en  
la galería de los filósofos y aun entre los que, en fuerza de  
desinterés y heroísmo, son clasificados como locos. Menos  
irreverentes eran los que al coronarle de espinas se le arrodil-  
laban en burlesco vasallaje, porque ellos no le conocían. Há-  
sele reservado lo más sutil del ultraje para estos tiempos en  
que, conocido como Hombre Dios, se le despoja de la divinidad  
para discutirle como sólo hombre, para alabar y juzgar su ley  
como la de un legislador en el tiempo, nó cual la norma en  
los días de la divina justicia.

Tipo de esa hipocresía del filósofo, del artista,—allá Re-  
nán cuya perfidia está por él mismo calificada cuando, aducien-  
do el recuerdo de Fray Angélico de Fiesole que se ponía de  
rodillas para pintar las imágenes de Cristo y su Madre San-  
tísima, agrega (*Études d'histoire religieuse*):—“Bien estuviera que  
lo mismo hiciese la crítica y no se atreviese a la auréola de  
de ciertas figuras delante de las que no se han inclinado los si-  
glos sino después de adorarlas”.

Con ironía respecto del ex-seminarista de S. Sulpicio,  
dice Gaffre, después de la cita anterior: “El levita no ha olvidado  
la manera de arrodillarse. De rodillas empleará el atrevimiento  
y la adoración. ¿Cuál será lo sincero?..... (*La contrefaçon du  
Christ*, IV).

De este modo el judaísmo tiene aliados contra Jesucristo,  
y en el renacimiento internacional que se le pretende con-  
ceder, prenuncia ya los signos de su impía preponderancia.

¡Conque, la futura nación judía, apadrinada en el entre-  
sijo de algunas de las mismas naciones que, siglos ha, lanza-  
ron las Cruzadas en veneración a Jesucristo! Resucitados por  
un momento, surgieran del sepulcro reyes guerreros y niños,

ante el tapete de esos políticos de hoy, salpicaríanles a la cara el resto que a esos guerrreadores de ayer les quedó de la sangre derramada en aquellas luchas, fomentadas hasta por el clamor de niños peregrinos que, por tierras de Francia y Alemania, vagaban clamando:—¡Jesús! volvednos vuestra Cruz!“ y respondiendo:—“Vamos a rescatar el sepulcro del Salvador“—, a los que les preguntaban a dónde iban;—iban también quedándose cadáveres en esa expedición en la que, hambrientos, devorados de sed, pero piadosos y ejemplares, así con esos clamores realizaban la consoladora ponderación de David: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos, ut destruas inimicum et ultorem* (Ps. 8), y con aquel espectáculo sobrecogían al Papa Inocencio III, haciéndolo decir que esos niños eran una reconvención a la cristiandad. Mientras en el himno de Prudencio los niños cantados por él jugaban con las coronas de su martirio, éstos los de la tierra eran batalladores, anónimos hoy, en tanto que en la epopeya de esos combates estarán immortalizados por la poesía quizá algunos de esos guerreros que se alistaron a las piadosas huestes convocadas por esos niños!

¡Conque, en el consejo de las Naciones se olvidará a esa flor del alma francesa, a ese gran Rey S. Luís que, echadas por tierra las preseas de Rey, trocando el cetro con el bordón del peregrino, y espada al cinto, y previsor de que el triunfo de la cristiandad debía ser estímulo a la bienhechora fecundidad del trabajo después de los esfuerzos de la victoria, llevaba como paternal impedimenta de sus ejércitos,—instrumentos de labranza y semillas, para que arasen en tierra que, cobijada por los brazos de la Cruz, sería sementada por guerreros convertidos en labradores! Y soñando lograrlo ¡qué varonil y noble proclama de guerra la que lanzaba al Sultán como provocándole todavía al seno del Cristianismo, al decirle:—“No olvidéis que he de luchar contra vos ¿hasta cuándo? Hasta cuando seáis cristiano y Rey hermano mío“.

¿De la raza de S. Luis y de Juana de Arco habrá cooperación para que surja la nacionalidad judía?

A quienes ellos mismos se deshereden del patrimonio de la fe cristiana encarnada en su raza habrá que aplicarles esto que S. Juan escribe en su primera epístola:—“Salieron de

entre nosotros, mas no eran de nosotros; porque si hubieran sido de nosotros, con nosotros hubieran permanecido... ¿Quién es mentiroso sino aquel que niega que Jesús es el Cristo? Ese tal el Anticristo que niega al Padre y al Hijo“.

*Exierunt ex nobis*, esos que enaltecen a un Cristo filósofo, filántropo, doctor, humano, se arrodillan un momento con Renán para con Él erguirse luégo y bravear contra el Hombre Dios. De este modo los tales no hacen sino cooperar con la raza judaica para el destronamiento de Jesucristo.

Que de la raza judía surgirá el Anticristo, fundadamente sostiénelo al señor Matovelle. Antes de hablar del germen que brota ya como preparatorio del suplantador de Jesucristo, creemos oportuno citar autoridades que armonizan con el juicio de nuestro autor.

Dice Escrivá (*op. cit.* disc. 15): “Habiendo dado a entender el Anticristo a los judíos que es el Mesías, y prometiéndoles de cumplir todo lo que estaba profetizado de Él, y profesando públicamente. ser capital enemigo de Cristo Nuestro Señor y de todo el nombre cristiano, será recibido de ellos y levantado por rey“. Cita luego este pasaje de San Hipólito:—“Viendo los pueblos las obras tan maravillosas que hará, se juntarán en un lugar para haberlo de elegir por rey. Principalmente, los hebreos, con el amor que les mostrará el Anticristo y los favores especiales que les hará, se le aficionarán, y dirán unos a otros—¿Qué hombre tál y tan bueno y tan justo pudiéramos hallar en nuestra nación?.....Conocemos que tú eres el más justo de cuántos viven sobre la tierra, y esperamos y confiamos que hemos de alcanzar la salud por tu mano y de tu boca no ha de salir sino la verdad y la justicia, y el juicio recto, justo y bueno..... —Y luego el maligno y engañador, fingiéndose muy humilde e indigno de aquella honra, astutamente rehusará aceptarla, y ellos porfiarán y le rogarán e importunarán que la acepte, y, al fin, se la harán aceptar, y le declararán por su rey“.

Agrega el mismo docto Jesuita:—“Todo esto dice S. Hipólito, y lo mismo al pie de la letra S. Efrén:—“Los impíos y homicidas judíos descendientes de los que le quitaron la vida al mismo Autor de la vida, son los que le han de honrar principalmente y recibir con mayor aplauso por rey“. Por

que él también, como dice el mismo santo,—honraré mucho a los judíos, sabiendo que todavía están esperando al Mesías, y que, con eso había de hallar mejor acogida en ellos. Y así se cumplirá lo que dijo el Señor (S. Juan, 5): *Ego veni in nomine Patris mei, et non accipitis me: si alius venerit in nomine suo, illum accipietis.*—S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Agustín, S. Juan Crisóstomo, S. Ireneo sienten que dijo esto el Señor por el Anticristo.....Dice S. Juan Crisóstomo:—No habiendo recibido a Aquel que dijo ser enviado de Dios, recibiréis al que se gloriará de que no conoce a Dios y de que es el mayor de los dioses.—¡Oh locura, oh desatino admirable! Nunca el Señor dijo claramente que era Dios, y porque una vez dijo: *Ego et Pater unum sumus*, le quisieron apedrear. Y preguntándoles:—¿Por cuál de las buenas obras que me habéis visto hacer me queréis apedrear?, respondieron:—No te queremos apedrear por las buenas obras que haces, sino por la blasfemia que has dicho; porque, siendo hombre como eres, te nos quieres hacer Dios.—A Cristo pues, al que era verdadero Dios, quisieron apedrear y echar del mundo, porque entendieron que decía que era Dios, ¿Y no se escandalizarán de oír decir al Anticristo, al más mentiroso y malvado hombre del mundo,—que es Dios,—y antes bien, le creerán y le recibirán y le honrarán y adorarán como a Dios? Dice S. Juan Crisóstomo:—‘Si no creísteis a Cristo, mucho menos habíais de creer al Anticristo.....’

Genealogía de Renán y sus secuaces en humanitarismo, en estética de arte, en atrevimiento de rebeldes, surge en la osadía con que, a medias arrodillada ante Cristo la humana soberbia, se le encara para, queriendo favorecerle, decirle:—Nuestro aislamiento de tí, no te es como a hombre; te es como a pretense Dios que tú eres.

Así, dobladas rodillas en teatral escena, menos sacrilega es la pedrea que en vida se lanzaba a Nuestro Señor Jesucristo, que la del atrevido ex-seminarista Renán que, fabricante de frases enredadas en astucia de culebra, se atrevió contra el sagrado texto, dogma, fundamento, de la Fe católica,—el ser Jesucristo úno con el Padre, el que a ser visto, visto está con el Padre“. (S. Juan, 10, 14).

“Y mensajeros del desvergonzado (Anticristo)—agrega

S. Efrén—, se esparcirán predicando y haciendo saber a todos que se ha descubierto un gran rey con grande majestad y gloria, convidándoles a recibirle..... Para poder engañar mejor, habrá de fingirse humilde y pacífico, enemigo de la injusticia, abominador de los ídolos, grande estimador y celador de la piedad, benigno, amigo y favorecer a los pobres, apacible y afable con todos.“

¿Y la secta que ha de preconizar el imperio de ese impostor? Parece igualmente iniciada con el significativo nombre de “Orden de la Estrella de Oriente.“ Léase la noticia que, de la fundación de esta orden o secta y de los fines que se propone, da una hoja impresa últimamente en Lima:—“Esta Orden, dice, ha sido creada para reunir a todos los que, en la Sociedad Teosófica y fuera de ella, crean en la próxima venida de un Gran Maestro espiritual que ayudará al mundo. Es de esperar que sus miembros puedan hacer algo en el plano físico que prepare a la opinión pública para la venida de ese Gran Maestro, y creen una atmósfera de buena acogida y respeto.“

En la “declaración de principios“ de la Orden, el primero es este:—“Creemos que pronto aparecerá en el mundo un gran Instructor, y queremos vivir de modo tal, que podamos reconocerle cuando Él venga“.—Previénese a los afiliados “firmeza y constancia cuando la presión exterior se haga sentir—¿Cómo acogió el mundo al Cristo mismo a quien esperamos ahora de nuevo?“—Otra virtud la mansedumbre, “virtud necesariamente de personas evolucionadas.....¿No sabemos que ésta era la característica dominante de los tipos más perfectos de la humanidad como el Cristo, el Budha y muchos otros santos y sabios?.....La mansedumbre es hermana de aquella otra virtud humana que se llama altruismo.....Cristo fue ejemplo viviente de mansedumbre, y la enseñó a sus secuaces hace casi dos mil años. Él la requerirá de aquellos quienes quieran seguirle cuando de nuevo bendecirá la tierra con su presencia“.

Al prescribir la devoción, desenmascara ya la independencia de ella, su absoluta libertad aislada de cualquier iglesia:—“Es un hecho que, por el mal uso de la palabra devoción ha sugerido en muchos la idea de iglesia, de culto y de plegería. Recomendamos a todos los que la entiendan que la se-

paren *en absoluto* de esta apreciación y que consideren la devoción en su propio y verdadero significado, esto es, una consagración, un amor tan ferviente y verdadero que su efecto sea siempre una constante abnegación“.

Termina el programa con estas advertencias: “La Orden de la Estrella ha sido fundada en Benares, India, el 11 de Enero de 1911, y ahora se hace pública.....El distintivo de la Orden es una estrella de cinco puntas de plata. Los miembros pueden adquirirla de los respectivos oficiales“.

Que los judíos, después de haber desconocido al verdadero Cristo y haber renegado de Él, esperen ahora como en siglos anteriores a su falso cristo, nada tiene de nuevo. Lo curioso y sorprendente es que la nueva secta, con estos relumbros de piedad, pero anulando la vida de la Iglesia vinculada a Jesucristo, se componga no sólo de israelitas, sino de impíos, incrédulos o teósofos de toda la tierra, dejando así sospechar una lenta preparación humana del remoto anticristianismo anunciado en las Divinas Escrituras. Con líneas todavía vagas e indefinidas, principian a diseñarse, como entre las sombras de un crepúsculo, los futuros reino y secta del *Hombre del pecado*.

## VI

### *Ruptura del séptimo sello.*

Abrumando de temor y para amedrentadora inquisición de sentido, surgirá ante los lectores este pasaje de Apocalipsis (Cap. VIII, 5):—“Y cuando el Cordero hubo abierto el séptimo sello, siguióse un gran silencio en el cielo, cosa de media hora“—esto es, cuando Jesucristo viene a juzgar al mundo para finales castigo o recompensa.

Séame permitido aducir, a propósito de lo que expone el Sr. Matovelle, algo de lo que, discurrido por antiguos intérpretes, ligaré a la piadosa interpretación de nuestro autor.

Mediado el siglo XVII, el religioso Mercedario español Fray Juan de S. Gabriel, en el sermón *Miércoles de las señales*, sobrecógese con el silencio de los Angeles por el advenimiento del juicio final, y cita la opinión de Andrés Cesa-

riense, según la que los Angeles, al romperse el sello, asumirán una como respetuosa compostura de cortesía: *Porro silentium quod factum dicitur in coelo, compositam Angelorum modestiam modestamque eorundem compositionem et reverentiam significat.*

Familiarmente incrépale respecto de los Angeles:—"Mirad lo que decís, docto Padre;—que los Angeles siempre fueron modestos, y nunca les faltó compostura, y que el silencio del Cielo empezó cuando el sello séptimo del libro empezó a romperse; demás que la modestia reverenciosa de los Angeles duraráles eternamente, y el silencio del Cielo no ha de durar sino media hora"... Y luégo afirmase en esto:—"Siempre fueron santos los Angeles y no puede faltarles su santidad, pero, en oyendo señales del juicio espantoso de Dios, como si no fueran santos, los ve enmudecer San Juan, y, con silencio medroso, afirmarse en su modestia, como si la temieran perder".

Exclama luégo Fray Juan de S. Gabriel:—"Oh señal eficazísima! Bastas a representar los Angeles ajustados, y no acabas ajustar los pecadores! Amedréntanse los espíritus del Cielo que no han de perder a Dios. ¡Y el hombre que le puede perder, no se amedrenta? Tan fuerte es el ceño que trae que aún lo sagrado del Cielo parece que se amedrenta de su rigor, y escondiéndose en sí mismo, fatigado de dolor, aun, no se atreve a gemir, y se encoge en su silencio. ¿Y no temes, tú, pecador, que tantas razones tienes de temer"?

De este modo S. Juan de S. Gabriel conjura y emplaza a la conciencia humana, arrastrándola a su futura responsabilidad.

Entretanto, la imaginación y el sentimiento peculiares al carácter estético de quienes espiritualmente traducen al lenguaje común profundos misterios para sensibilizarlos;—ofrecen variedades cuya riqueza de matices no ofende a la unidad latente de un concepto de antemano radicado ya en la fecunda unidad de la fe.

Vengan algunas muestras que preferentemete extraigo de esos antiguos ascéticos españoles, por desgracia no sólo tan olvidados, sino suplantados por ciertos modernos escritores ascéticos que no se les emparejan en piedad y ciencia.

El franciscano Fr. Antonio Alvarez ve aunadas las criaturas al Criador en ira contra los pecadores.

“Así como el criado muy privado de algún príncipe, por su traición caído en suma desgracia que ya el señor por esta razón no le puede ver de sus ojos, por el mismo caso todos los de su casa y servicio le miran con ceño, y todos a una son a perseguirle y a pedirle el desacato. Así pues, será en este tiempo vecino ya del Juicio. Entonces, por cierto todas las criaturas tomarán el andar de su Criador y se trocarán a su trueque. Verán a Dios tan otro del que solía ser con el hombre, que pasmarán en su vista y les caerá un natural asombro de la grandeza del pecado cometido contra su Dios. Y de ver esto, y a Dios enojado, todo encendido en cólera contra los malos, toda su casa se vestirá de su mismo semblante, y no habrá criatura en toda ella que no salga al bando de Dios, haciendo todas su escuadrón de guerra contra el miserable pecador, cumpliendo lo que está dicho por el Sabio (Sap. 5-21).—“La redondez de la tierra peleará por Él contra el insensato”.—(*Silva espiritual.*- 1594.- Dom. I Adv.)

Después, inspirado por la esperanza, por el amor a Cristo glorioso con resplandores que excederán a los su transfiguración en el Tabor, contempla en el eclipse de los grandes luminares la humildad con que se abaten, palidecen y se apagan ante la magnificencia de luz y armonía con llega que el Rey de reyes y Señor de señores al volver a la reconquista de un imperio ayer comenzado en sacrificio, y, al final de los tiempos en definitivo justicia para buenos y malos:—“Deslumbrando y ahogando las luces del mundo aparecerá el Salvador el día del Juicio final con mayor gloria que en el Tabor. Por donde dijo el santo Prefeta Isaías (24, 25) que el sol y la luna padecerán confusión y vergüenza, diciendo así:—“La luna habrá vergüenza, y el sol se confundirá cuando reinará al Señor de los ejércitos en el monte Sión y en Jerusalén, y fuere allí glorificado en la presencia de sus ancianos”.

El jesuita P. Escrivá (*Op. cit.* dis. 23) considera la conmoción de la naturaleza como un cariñoso ardid con que Dios, anunciándose de ese modo, da tiempo al pecador para su conversión:—“Habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, para avivar y espantar y reportar a los pecadores. Como el.

alguacil y ministro de la justicia que va en busca del malhechor que es amigo, y no querría encontrarse con él, y entra en la casa, haciendo ruido porque él lo entienda y se esconda o huya y se ponga en cobro. *Dabo prodigia in coelo* (Dan. 2) dijo Dios. Haré señales desde el cielo a los pecadores avisándoles de cómo va el Juez a la tierra en su seguimiento para prenderlos y castigarlos. Prodigios y portentos terribles para espantarlos; y lo que pretendo con espantarlos, es que se convirtieran y escapen y no den en manos de mi justicia."

Pero, tal será el rigor de ella, que si aún, con este espectáculo perseveran impenitentes, todavía como airándose el Señor contra las inocentes criaturas, dejará ver en el estrago de ellas el furor de su justicia con los rebeldes hombres:— "*Numquid in fluminibus iratus es Domine, aut in fluminibus furor tuus, vel in mari indignatio tua?*—dijo el Profeta Habacuc. ¿Qué es esto, Señor? ¿cómo es esto? Estáis enojado por ventura con los ríos? Tenéis ojeriza y saña contra las criaturas insensibles?—Claro está que nó, sino que en ellas quiere mostrar el sentimiento y enojo que tiene contra los hombres, y cómo ha de castigar sus culpas si castiga por ellos de tal suerte a las criaturas que no pueden tener culpa"—(*Id.* Dis. 46).

El franciscano Fray Juan Bautista Madrigal contempla a las criaturas inanimadas como cómplices de los pecadores, y como tales castigadas también ellas.—"Ha de castigar no sólo a los pecadores, pero aun a las criaturas inanimadas que servían como de instrumento al pecador. Tú, sol, que alumbrabas con tu luz a los pecadores, que seas privado de ella. Tú, luna, que con tu claridad le alumbrabas de noche, que seas convertida en sangre. Tú, tierra que le sustentabas, que seas abierta y padezcas temblores."—(*Homiliario Espiritual* [1602] *Postr.*, Hom. 3.)

Fray José de la Madre de Dios ve al Criador como Jefe de un ejército y a las criaturas como a sus soldados, ejército en viaje de paz, gallardo en el arreo, majestuoso y ordenado en el movimiento.

"Cuando un ejército va marchando poco a poco, en orden, tremolando las plumas, relumbrando las celadas, es su vista muy hermosa: *Refulsit sol in clypeos aureos, et resplen-*

*duerunt montes ab eis* (*Mach.* I, 6). Pero, rompida la guerra, todo es sangre, confusión, polvo, escuridad, y veréis las plumas cortadas, las armas rotas, y abolladas las cimeras.

“Las criaturas son ejércitos de Dios, y mientras van marchando poco a poco en el orden que las puso, es su visita hermosísima. La víspera empero, del Juicio, en señal de que está rota la guerra, estarán sangrientas, oscuras y tenebrosas.”—(*Los dos estados de Ninive cautiva y libertada* (1619). Vers. 4, consid. 21).

Contrasta con los anteriores el agustiniano Fr. Francisco de León que, con filial confianza, parece atreverse a Jesucristo, como para decirle:—No me lo ocultes! Vienes a juzgar y castigar, pero te veo como contristado de ser Juez, y tanto, que tierra y cielos se ponen a llorar a las puertas de tu tribunal!

“Saldrá, dice, con grande autoridad, acompañado de Angeles y bienaventurados, sentado en una nube resplandeciente como el sol, a hacer la visita de su privado el hombre, tan de mala gana, que apagará primero las lumbreras del cielo, y el mar dará roncós gemidos testificando estas criaturas insensibles,— así la estima grande que Dios hace de este privado, pues revuelve el mundo y trasiega los elementos para condenarle, pudiendo con tanta facilidad y tan sin ruido hacerlo,— como el sentimiento de su Dios porque castiga, y cuán de mala gana se apareja a las penas, forzado de nuestros pecados.”—(*Privanza del hombre con Dios.*— 1602.— Disc. 15).

Ya antes, y con mayor ternura, San Juan Crisóstomo (*In Math.* 24) contempló al hombre en este terrible día, no sólo como a un privado para quien las criaturas estuviesen pidiendo compasión a Dios, sino a ellas como huerfanillas que lloraran la muerte de su padre, cual así las anima el Santo:—“Como cuando muere el señor de la casa, toda la casa se turba y la familia llora, y se viste y se cubre de luto, de la misma manera cuando llegare el fin del linaje humano, para quien todas las cosas fueron criadas, todas ellas harán sentimiento, y los astros, los planetas y las criaturas del cielo que con tanta puntualidad y concierto sirvieron al hombre en la vida, le llorarán en su muerte, y, escondiendo su claridad y luz, se cubrirán de tinieblas”.

Después de traducir así el Padre Escrivá a San Juan Crisóstomo, agrega: *Omnia luminaria coeli moerere faciam super te*, dijo Dios al Rey de Egipto por el Profeta Ezequiel. Pararte hé tal, que todas las lumbreras del cielo te habrán lástima y se pondrán luto por tí. Si por la muerte de un hombre sólo se había de hacer tanto sentimiento en el cielo ¿qué será, qué se hará en la muerte de todos los hombres vivientes?"

El tremendo escenario del postrero día está así de varia manera trazado. Venga ya el personaje entre este llorar de un moribundo universo creado para él y por él profanado, surja él y afróntese con Dios.

A residenciarle al hombre ante Dios vienen estos conceptos del señor Matovelle, que, abstraídos de la desolación de las criaturas, al rey de ellas, al profanador de ellas, y tantas veces cómplice suyo, le arrastran ante lo terrible del definitivo juzgamiento.

"El tiempo presente es llamado en la Escritura: la hora y reinado de las tinieblas: *Haec est hora vestra et potestas tenebrarum* (Luc. XXII, 53); pero Dios también tiene su hora, *hora mea*, y esa es la del Juicio. Hablando de ella, decía Jesús a sus discípulos: "Estad siempre en vela, porque no sabéis el día ni la hora": *Vigilate itaque, quia nescitis diem neque horam* (Mat. XXV, 13). Esa hora, así para los individuos en particular como para el mundo todo en general, se compone de dos partes: la primera es la de las angustias de la muerte, y la segunda, la de los rigores del juicio. *Statutum est hominibus semel mori, post hoc autem iudicium* (Hebr. IX, 27). Hablando de la primera media hora nos dice San Juan: Hubo un gran silencio en el cielo, cosa de media hora", *factum est silentium in caelo, quasi media hora*. El silencio significa la sorpresa, la admiración, el estupor y el espanto de la Iglesia de la tierra y, en su manera, de los moradores del Cielo, ante la terribilidad del Juicio de Dios, de aquel Dios altísimo ante quien tiemblan de pavor los serafines y, velándose el rostro con las alas, cantan: "Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos", o atónitos y reverentes guardan profundo silencio ante el acatamiento de la Majestad suprema. Pues, como dice A Lápide en este lugar del Apocalipsis: "El

silencio es aquí signo de alabanza y de una cierta humilde aprobación con la que los Bienaventurados aprueban y alaban todos tácitamente la integridad y equidad de la justicia divina. A esto se refiere aquello del salmo 64: *Te decet hymnus Deus in Sion*; en lugar de lo cual el texto hebreo trae: *Tibi silentium Deus in Sion*; pues Dios es honrado tanto por un reverente y piadoso silencio, como por las voces y los himnos.

“Este silencio nos enseña que las tribulaciones y catástrofes que pondrán término a la existencia de la humanidad en este mundo, serán, sobre toda ponderación, tan inauditas, tan espantosas y terribles que en cierto modo pondrán admiración hasta en los mismos cielos: *Factum est silentium in coelo quasi media hora*. Todos los inicuos perecerán entonces víctimas de aquel universal y horrendo diluvio de fuego, todos los malos serán abrasados en medio de aquel incendio, como otra Sodoma; de suerte que el mundo aparecerá entonces como un inmenso altar de holocaustos, donde todos los impíos y perversos, formando una sola hostia, serán inmolados a los filios implacables de la indignación divina; mientras que los justos que hayan quedado en la tierra, se levantará en los aires al encuentro de Cristo: *Oviam Christo in aëra*, a modo del humo aromático del incienso que en el templo de Salomón se alzaba todos los días a la caída de la tarde, sobre el altar de los perfumes“.

Así, al apagarse el último día, a la caída de la tarde, la postrera hora sugiere a la pía y poética perspicacia de nuestro autor, el recuerdo de la tarde de la crucifixión:—“La mejor alabanza que recibiréis entonces ¡oh Dios santísimo! será ese silencio elocuente del más humilde y profundo aniquilamiento de todos tus escogidos.... ¿Cuál fue la hora más elocuente del Calvario sino aquella en que, consumada ya la inmolación divina cesaron las imprecaciones de los verdugos y las blasfemias de la turba deicida, y un silencio imponente y grandioso envolvió, al par de aquellas tinieblas misteriosas, toda la montaña santa, donde yacía pendiente de la cruz el Cuerpo santísimo y ya exánime del Redentor?... Pues ahora transportaos con la consideración al último día de los siglos, y mirad la tierra: toda es como un universal y vastísimo cementerio, es un templo en ruinas, es un altar apagado. Sin embargo, aque-

lla denegrida y resquebrajada esfera, toda cubierta de cenizas, es como un inmenso incensario del cual se eleva a los cielos el invisible y suavísimo perfume de innumerables y santas víctimas, que en un día fueron sacrificadas a gloria del Altísimo, y que ahora están embalsamando a todo el universo con la celestial fragancia de su inmolación."

A la caída de la tarde! Sí, cuando, como en presagio del advenidero juicio, apágase el sol, conmuévase la tierra, quebrántanse las rocas, resucitan los muertos, muere Cristo y se hace temeroso silencio después de sus últimas palabras, mientras táctas caían las últimas gotas de su Sangre que, empapando la tierra revuelta para enhestar la Cruz, filtrábanse, por la divina misericordia desde el Calvario a la tierra toda, a los mundos todos adonde ha llegado o imaginemos llegue la inagotable caridad del Hijo de Dios.

Por esto, avivándose la imaginación de nuestro autor al reconfortarse, cambia la elegía llorada sobre la destrucción de los mundos en himno glorificador de Dios en sus santos.

"¡Sí! —exclama—este mundo, hoy deforme y envuelto en pavesas, está bañado en la Sangre divina del Redentor y cubierto con las reliquias preciosísimas de millones y millones de mártires y vírgenes y santos, de todo estado y condición; reliquias más odoríferas que el nardo, la azucena y el timiama, y más valiosas que zafiros, diamantes y rubíes.—Este silencio de muerte, este aniquilamiento de los santos es, a los oídos del Altísimo, mucho más grato y dulce que todos los himnos piadosos que, durante la vida de la Iglesia, se levantaban en los templos; es una melodía encantadora que hinche de júbilo a todos los bienaventurados; *Tibi silentium Deus in Sion..... Factum est silentium in coelo quasi media hora.*"

Esa hora de la tarde desfalleciente al ocaso, tan maestramente por el autor sorprendida análoga desde el sacrificio vespertino del incienso en el templo de Salomón con el surgir de los justos al acatamiento divino, en la postrera tarde del mundo; nos hace con, el poder sugestivo del teólogo y el poeta, relacionar los instantes de la vida a ese descaecer del día abrumado ya por las invasoras tinieblas de la noche

"Ya se muere el día, ya anochece.....¡Quédate con nos-

otros!..... Así conjurábase en Emaús a Jesucristo disfrazado de peregrino.

¡Ay! Si cada minuto de vida que se va y que nos empuja a la tarde de la vida, a la noche de la eternidad, nos pusiese este clamor: ¡Quédate con nosotros, Tú Jesucristo, Tú el que sagaz en amor sabes disfrazarte peregrinando a nuestras puertas, Tú, el que llegas por la tarde!...Tú, incienso vespertino, quémalos como al anochecer en Emaús, dejaste ya prendido fuego, ya abrasado incienso en el corazón de tus caritativos hospederos!....

## VII.

PALINGENESIA:— *Renovación futura del universo según el dogma católico.*

Cita el autor el primer versículo del cap. I del Apocalipsis:

"La revelación de Jesucristo que Dios le dió para manifestar a sus siervos las cosas que conviene sean hechas *luego* y las declaró, enviándolas por su Ángel a Juan su siervo."

Discretamente califica el *cito* de la Vulgata, *luego, presto* como "durante el curso de los tiempos", aurora fugaz predecesora de la eternidad, decurrir brevísimo de ellos cual lo anota con la autoridad de San Agustín.—"Las cosas que serán hechas luego"... un luego brevísimo en Dios, por más que sea juzgada demora indefinida en la ansiedad de la esperanza y el temor humanos, voz de amorosa advertencia para que no midamos el tiempo del Señor con el reloj de los hombres.

Doblégase hondamente impresionado el criterio del lector cuando se le oye al Sr. Matovelle esta angustiada interrogación: "—¿En que hora de la noche de este siglo nos encontramos? ¿Qué centinela experto nos dará la respuesta? *Custos, quid de nocte? Custos, quid de nocte?* Y los centinelas no nos dan otra respuesta, sino que en todo tiempo es necesario estar preparados, convertirse de veras, y esperar la venida del Señor. *Dixit custos: Venit mane et nox, si quaeritis, quaerite: convertimini, venite*"—Isai ( 21..)

De este modo «las cosas que serán hechas luego» son las que vienen sobreviniendo en las almas y les sobrevendrán en la humana transición y sobrellegarán al final de los tiempos.—*Cito, presto.* ¡Ea! Alerta almas, alerta, mundos!

Alerta, mundos! Alerta éste de que gozamos y al cual, según la bella concepción de Fray Luis de Granada, los que discurren en lo profundo de los cielos nos están enviando cartas y mensajes de amor.

¿Esta tierra, hermosa teatro de vida ensanchado para el hombre bajo el pabellón de los cielos, tierra en que él con breves goces da treguas al dolor da la vida, y a la postre, devuelve tierra a la tierra en la que desde el sepulcro todavía con humanas cenizas nutrirá y yerbas y flores que solitarias, calladas, estén espirando aromas, devolviendo a los cielos matices de color, y suspirando con el aire interpretarán el clamor del muerto;—"Me levantaré e iré a la casa de mi padre"— ¿esta tierra, estos cielos, este escenario de vida y belleza, desaparecerán para siempre?...

Si el cuerpo, envoltura del alma, con ella resurgirá para nueva vida después de la descomposición en el sepulcro, ¿la naturaleza inanimada, bella, teatro de alma y cuerpo humanos reservados a más alto destino, reveladora del poder del Señor, dialogadora con los poetas y más con los Santos, será condenada a un eterno ¡adiós! con el hombre?.

Iban brotando del poder divino las criaturas, y el mismo, Criador viéndolas hechas, salúdalas cariñosamente con halago de padre y recreo de autor, llamándolas *buenas*. Y vió que la luz era buena. Buena dice el P. Mariana, esto es, hermosa, y como tal, quedó confirmada cual obra de un pintor que, viéndola acabada, no la borra (\*).

¿Y la borrará entre el final cataclismo de los mundos para hacerlos desaparecer y tornarlos a la nada, después de que, aparte de haber sido criados en obra de amor para el hombre, tantas veces con los justos fueron auxiliares y estímulo suyos para la adoración, al Criador?

Hable el franciscano Fray Juan de los Angeles, cual él sabe hacerlo como místico y artista:

---

(\*) Maluenda, sobre el versículo 4 del capítulo I del Génesis advierte: "*Bona, nont tam essentialiter et substantialiter bonum, quam amabile. iucundum, amaenum, gratum, volupe, delectabile, dulce, suave, utile* significat: item *pulchrum, decorum, speciosum, formosum.*"

“Se ha de notar que cuando Dios crió todas las cosas en particular y de por sí cada una, dice la Escritura que las alabó de *buenas*; pero, al mirárlas todas juntas, las enaltecó de *bontísimas*. La razón de ésto (según sentencia de San Agustín) fue porque, además de la bondad que cada una tenía en particular, de la liga y trabazón que todas juntas tuvieron, se les creció otra bondad accidental, de suerte que merecieron nombre de muy buenas.

“Ejemplo de esto tenemos en las voces, que aunque cada una sea muy suave y buena de por sí, si se juntan y conciertan todas, hacen una armonía y música suavísima que arrebatada y suspende los ánimos de los oyentes. O como el ramillete de muchas y varias flores, que cada una es olorosa y vistosa, y juntas huelen más y parecen mejor. Así en el propósito:—buena es la luz, buena la tierra, buenos los cielos, buenos los elementos; pero,—todo juntísimo, *bontísimo*. Tanto,—que vino a decir Santo Tomás que no se puede mejorar una criatura esencialmente sin hacer disonancia en todas, por ser el mundo como una vihuela bien acordada y templada, y que no se le puede subir una cuerda sin que las demás disuenen.

“Pues si en el mundo mayor suenan tan bien éstas voces ¿qué consonancia hará en el menor que es el hombre, donde son más unas y con mayor perfección ayuntadas?”

¡Qué profundidad de este gran fraile que ni soñaba, al escribir esto, en lo que siglos después se crearía entre las disciplinas de la ciencia y del arte,—con el nombre de *Estética*.

Prosigue Fray Juan, y de la armonía de la creación sube a la excelsitud de la obra divina, al complemento de ella, a la Encarnación del Verbo por Quien y para Quien todo fue hecho, a la universal armonía que en el tiempo y en la eternidad se resuelve entre Dios y el hombre en espiritual melodía, dada en tasa aún a la cogitación de los Santos que, hasta en sus arrobos, apenas han podido sorprender ecos de notas fugitivas. Hable Fray Juan del mundo espiritual, el *nuevo*, como con tan propiedad habla.

“Pues subámos a contemplar las cosas del nuevo mundo el cual fundó Dios en la última era del mayor y menor mundo, y por otro nombre se llama reparación o renovación

del viejo mundo:—la Encarnación del Verbo Divino digo, y la Redención hecha por Cristo, y veremos que, aunque fueron muchas sus hazañas y dignísimas de ponderación, consideradas separadamente cada una, si las amontonamos y atamos todas, resulta de ellas una extraña admiración, y hacen una tan soberana armonía que suspenden y arrebatan los entendimientos e inflaman y abrasan las voluntades en el amor de El que las hizo.—Todas las consideraba juntas y eslabonadas la esposa cuando en los cantares dice (*Cant.*, I): "Ramillete de mirra es mi Querido para mí, y en mis pechos le traeré siempre guardado"!... Guardado en sus pechos que es el lugar que con más cuidado guardan y encubren las honestas doncellas. Lo que mucho se estima, no se guarda menos que en el pecho. ¡Oh! con cuánto cuidado guarda un alma a su Esposo Celestial cuando de su amor está herida y presa!..."(\*)

Mirra guardada en la piedad del alma, mirra de Cristo cunde, por entre esas espiritualísimas páginas de las *Meditaciones sobre el Apocalipsis*, mirra que trascenderá en olor para doctos y para ignorantes, para los que padecen persecución porque defendieron justicia, para los que mueren perseverando en esperanza del Reino, y hasta consagran la descomposición del cuerpo en la sepultura, como tributo de humilde compunción de la pecadora crisálida de la que el alma ascenderá a dichosa inmortalidad con Dios.

Inefable es ciertamente todo cuanto podamos referir al goce de la visión beatífica, al perdurable éxtasis de los escogidos, pero ello no quita podamos soñar con que en algún grado, de alguna manera el hombre, glorificado, inmortalizado en cuerpo y alma, no se vea definitivamente arrancado de la compañía de una naturaleza criada para que él, en cuerpo y alma, supiese atesorar merecimientos, como tantas veces llegó a lograrlo santificando sobrenaturalmente el goce de ella.

Esta tierra en que dió los primeros pasos el Niño Jesús, por donde la manecita suya iba guiada por la de su Santísima Madre; tierra donde brotaron los ramos de glorificación a

---

(\*) *Triunfos del amor de Dios* (1590) Parte II, cap. 3.

la entrada en Jerusalén, y las espinas que coronaron a Cristo y el árbol que se le hizo Cruz; tierra que le sorbió las últimas gotas de sangre y que le abrigó cadáver transitorio; que brotó en lirios que le llevaban los ojos, que sazonó la viña y el trigo de la primera sacramentación; tierra alumbrada por este sol contemplado por Él como símbolo de la Providencia divina;—esta tierra en uno de cuyos montes hizo entrever a los atónitos discípulos los resplandores de la divina gloria,—tierra tal ¿estará condenada a una definitiva destrucción en el cataclismo de los mundos, o, al modo con que el cuerpo humano hecho del limo de la tierra renacerá en inmortalidad, también élla resurgirá en inimaginable primavera? Y por lo que ni soñar podemos del concierto de los astros que las noches desveladas en oración contemplaba Jesucristo en el desierto, ¿no nos será permitido soñar con que tras el fracaso de los mundos, el espacio a la voz del Señor florezca en nueva luz y nuevo concierto de astros rejuvenecidos en también nueva vida?....

Aun la poesía, que no es sino ascenso a lo ideal, a lo bello, interpretación suya, recomposición armónica de sus elementos, sensibiliza con sus ensueños este anhelo hacia lo inmortal por entre lo efímero de la vida.

Pomairols que, como poeta y labrador, ha sabido delicadamente impresionar su inspiración con el sentimiento de la naturaleza, pónese a imaginarse en tránsito de la vida hacia la muerte, y cómo, aun tras él, querrá surgir la angustia de volver a recibir en el sepulcro las flores de un último Abril.

«A cada Abril que viene,—dice—, aflíjome, imaginando que me estarán ya contadas las primaveras.....Vendrá, por fin, una, acaso la más hermosa ¡oh alma mía! que encontrará cerrados ya mis ojos..... Habránse extinguido los ensueños de la vida, pero ese advenidero Abril que sembrará de flores mi sepulcro recién cegado y húmedo de lágrimas, turbará todavía mi reposo con una suprema y nostálgica ansiedad».

Wordsworth, contemplando la altura de los montes coronados de nieve y a los astros reflejándose en ella, sobre ese supremo ahilarse de la tierra hacia el firmamento, sueña con que esa nieve así cercana de los astros, contemplará la última la destrucción de montañas.

Maragall, el espiritualísimo poeta catalán, angústiase por

un momento, imaginando que muerto, no tendrá ojos para contemplar la belleza de los cielos, la sublimidad de los mares. "Mi patria es todo esto,—clámale al Señor—¿No podriame también ser patria inmortal?... Arriba contemplo astros y cielos, y allá mismo quisiera ser hombre.... Mas, junto a mí perseveras en las criaturas imágenes tuyas.... Cuando con la muerte se cierren éstos mis ojos, dáme ótros que vean más, para cegarme en el resplandor de tu gloria...."

Justas ansiedades del hombre como en reclamo de que no se disloque la unidad entre el escenario y el actor, obras eutrambas de Dios que sobrenaturalmente se compenetran en esos espirituales efluvios que, tan breve como profundamente, caracterizaba en el siglo XIV Rusbrock, hablando del hombre cuando, como místico admirador, sube a la divina contemplación: —"El admirador asciende hacia los manantiales de lo supremo; a esos efluvios que brotan de Dios... Contempla el cielo, la tierra, la luna los elementos, las criaturas todas, los movimientos del cielo, todo ello patrimonio común de los vivientes. Todo ello se nos dá, los Angeles se nos dan, Dios se nos dá." (\*)

Zecchini arguye así a favor de lo que se opina respecto de la total destrucción del universo:—"Si la materia fuese eterna, sería Dios, o como Dios, y no siendo Dios, no puede ser eterna, y, por lo mismo, ha de acabarse". (\*\*)

Con tal argumentar ¿se excluye una depuración o transformación en nueva vida, sucesiva, varia, tasada e incomprendible que quiera darle el divino poder, en las emanaciones de su providencia? ¿Podremos los hombres increparle, diciéndole al Señor:—¿Revive el universo físico? Luégo tienes un rival en tu eterna vida?

Cuando asienta que la materia no revivirá, imagina que la vitalidad primitivamente comunicada al universo, será *reasumida* por Dios. Excusará el lector el no detenernos a descalificar como se merece, la inexactitud de tal concepto, encarnado en tal verbo.

(\*) V. HELLO *Rusbrock 1<sup>o</sup> Admirable*, 28.

(\*\*) *Dio, l'Universo e la fratellanza di tutti gli esseri nella creazione* (1884). P. 480.

“Entretanto, resplandecerán nuevos astros”.

Así, y como en abático descanso, cae la soñadora pluma de Flammarion (*Récits de l'Infini*), después de haber descrito escenas cósmicas vivamente imaginadas respecto de la final catástrofe de los mundos,—como éstas:—Sol obscuro y frío, sin aliento de abrigo para los pobres que más hogar no tuvieron que la misericordia de su diario calor; ¿días de ayer? noches después, y ni primaveras, ni otoños;—tierra, luna, plantas que, hacia una incomprensible inmensidad, irán cargando tumbas fósiles de los que por allá vivieron..... Mas, entretanto, otros soles, los últimos sucesivos que se pueden divisar desde la tierra, apagaránse también..... Entretanto, resplandecerán nuevos astros“..... (\*)

Aislándome del dialéctico que silogiza, quédome al poeta astrónomo que sueña con lo sucesivo cósmico,—y yo agregaré,—sobrenatural y armónico en el plan divino; quédome a soñar con esto que, a otro propósito escribió el agustiniano español Fray Juan Márquez:—“El día que el Esposo segó la mirra de su huerto, convidó a toda la vecindad“....., vecindad que mi imaginación, soñando humilde y devotamente, encarna en la de los Angeles y de las resurgidas criaturas.

Díjole el Señor al profeta Ezequiel:—«Hijo del hombre ¿piensas tú que renacerán con vida esos huesos?»

El profeta repuso humildemente:—“Señor Dios, Tú lo sabes.“

¡Señor Dios, Tú lo sabes!“..... Así exclamaré, ignorante de lo advenidero para el universo mundo, después de, clamando desde hoy a mi Dios:—¡“Compadécete de mí!“;—imaginar que las criaturas, purificadas de la profanación con que las afrentó el hombre, renacidas a vida más hermosa, ellas también surgirán regocijadas. ¡*Domine, plebs tua laetabitur in Te!*.....

Todo esto que he tenido como ensueños míos, pues nacen de tan desautorizada opinión, casi deja de serlo al encontrarla en armonía con el piadoso e ilustrado juicio del Sr.

---

(\*) Citamos a Flammarion únicamente como astrónomo. Cuanto a sus ideas religiosas, muchas de ellas son manifiestamente heterodoxas, pues sostiene entre otros, los errores del espiritismo, especialmente la metempsicosis o transmigración de las almas.

Matovelle, cuya perspicaz y bien documentada opinión al respecto, me han confirmado en lo que, de antemano y tenazmente, asediaba a mi profana imaginación.

Dice nuestro autor (*Cap. II, parte VII, passim*) "San Pablo, en su epístola a los Hebreos, nos recuerda la sentencia de los Salmos: Tú eres ¡oh Señor! el que al principio fundaste la tierra, y obras de tus manos son los cielos. Ellos perecerán, más Tú permanecerás siempre el mismo, y todos como vestidos envejecerse han: y como un manto los mudarás, y quedarán mudados. *Opera manuum tuarum sunt caeli, ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent, et velut amictum mutabis eos, et mutabuntur* (1, 11 y 12). La ciencia moderna, con sus sorprendentes investigaciones y descubrimientos, hace tiempo que ha corroborado estas enseñanzas de la Revelación. Si algunos de los antiguos filósofos supusieron que los astros eran cuerpos incorruptibles, y hasta eternos, el telescopio de acuerdo con la verdadera filosofía ha demostrado que esos globos resplandecientes que tachonan los espacios, son tan frágiles y perecederos como un vaso de arcilla; y que todos ellos son mundos de la misma naturaleza que éste en que habitamos, los unos en formación, los otros en la pleniud de su fuerza, y no pocos en vísperas ya de su disolución y ruina. Con esas guirnaldas de luceros y constelaciones de estrellas acontece algo semejante a lo que diariamente vemos en nuestros prados y jardines: hay en ellos flores en botón, flores que desabrochan el cáliz con todo el brillo de la hermosura y la lozanía de la vida, y flores que se agostan y mueren. Un día, oculto allá en los más impenetrables arcanos de la ciencia divina, toda esa magnífica bóveda estrellada, con esa legión casi infinita de astros que ahora tanto nos embelesan y arrebatan, será un inmenso campo de devastación y ruina: *Ipsi peribunt, et omnes ut vestimentum veterascent.*

"Sin embargo, en el gran día de la resurrección universal, no solamente el hombre, junto con él surgirán también de su sepulcro y renovados y transformados y para no perecer ya jamás, la tierra, la luna, el sol, las estrellas y los astros todos: *novos vero caelos, et novam terram secundum promissa Domini expectamus.* ¿De qué nuevas propiedades serán entonces revestidos esos mundos? Salomón parece anun-

ciarnos que todas las cosas criadas subsistirán «Yo he sabido, dice, que todas las obras que Dios ha criado subsistirán para siempre» (Ecl. III, 14). Sobre estas palabras San Gregorio Magno hace este comentario: «Las cosas criadas pasarán en cuanto a la apariencia que ahora tienen; pero permanecerán siempre en cuanto a la substancia» (In IOB. I, XVII, C. 5). «San Agustín dice también, que por la mudanza de las cosas no quedará el mundo totalmente destruido o aniquilado... su forma o configuración exterior se mudará, pero no su substancia» (*De Civ. Dei* L. XX, c. 14). Y en otro lugar, explicando esto con más extensión, dice: «La figura de este mundo desaparecerá con el incendio universal... las cualidades de los elementos corruptibles (de que se compone este mundo) y que son proporcionadas á nuestros corruptibles cuerpos, quedarán enteramente destruidas con el fuego, y la substancia de los elementos adquirirá nuevas cualidades, convenientes y relativas a nuestros cuerpos inmortales; y de este modo perfeccionado el mundo será conforme al estado nuevo de perfección, que el cuerpo humano habrá adquirido» (*De Civ. Dei*, LXX, c. 16). Del mismo modo hablan San Justino, San Basilio y los otros Padres; de donde se puede concluir que nuestro nuevo mundo en cuanto a la substancia será el mismo que el antiguo; pero que sus cualidades serán totalmente diferentes; de suerte, que nada habrá ya que dañe al cuerpo humano, u ofenda sus sentidos, o que esté sujeto a vicisitudes incómodas, o desagradables. Todas sus partes se verán brillantes, gratas a los sentidos, y propias para hacer la vida agradable: en una palabra formarán un verdadero paraíso. ¿Y los cielos superiores, donde están el sol, la luna, y las estrellas, tendrán también la misma mudanza? Esto es lo que no es fácil conjeturar, y sobre lo cual son diversas las opiniones de los intérpretes»

«Por todo lo que acabamos de decir—se verá cómo así la Escritura Santa encierra y comprende en el gran día del Juicio, o día del Señor, el juicio de todos los hombres, la destrucción del mundo y la renovación de todo el universo. Esta última la encontramos vaticinada por el Apocalipsis y, hasta cierto punto, presentida también por algunos grandes ingenios, tanto de la antigüedad como de los tiempos modernos: de manera que, no solamente la teología católica nos habla

de esta verdad por medio de uno de sus más autorizados órganos, Santo Tomás de Aquino;—sino que arrojan vislumbres de ella no pocos escritos de filósofos y poetas disidentes“. Cita luego unos elocuentísimos fragmentos de Gratry confirmatorios de su opinión, que vuelve a ser ratificada así por el Sr. Matovelle al finalizar su precioso libro:

“La obra divina de la Redención es de valor infinito y de duración eterna: *aeterna Redemptione inventa* (Hebr. IX,12); en virtud, y por los méritos de ella, se ha salvado el hombre y se renovará todo el universo, conforme a la promesa de nuestro Dios: *Ecce enim ego creo caelos novos, et terram novam; et non erunt in memoria priora, et non ascendent super cor.* ¿Cuándo será esto? No lo sabemos. Multiplíquense cuanto se quiera los años y los siglos. El hecho es que al fin ha de llegar la hora en que todos los mundos y los seres indestructibles que los pueblan, junto con todo el universo material, han de dejar su envoltura corruptible y transitoria, y han de revestirse de otra forma inmutable, incorruptible y eterna, como se ha disertado ya en el Apéndice precedente; entonces se verificará a la letra la visión de San Juan: *Et vidi caelum novum, et terram novam. Primum enim caelum, et prima terra abiit, et mare iam non est* (Apoc. XXI, 1.).

## IX

### ¿Supervivencia de San Juan?

Hasta hoy y desde los primitivos tiempos de la Iglesia, y, por entre lo misterioso de los sagrados textos, una devota imaginación sigue preocupándose acerca del Evangelista S. Juan muerto o superviviente. Y no es para menos, si se pondera la singular condición del Santo durante la vida y después de la muerte de Nuestro Señor:—confidente de Él, de Él representante ante María en la postrera encomienda con que los moribundos labios de Agonizante en cruz, juntaban misteriosamente en íntimo, espiritual, inefable vínculo a los hombres con la espiritual maternidad de la Santísima Madre.

Inspirado y místico artista, sin pretenderlo, un fraile es-

pañol de la orden de S. Benito,—Fray Diego Niseno—, mediado el siglo XVII, escribió el devoto libro *El lucero de la tarde*. ¿Cuál el sentido de este simbolismo?—¿El día? la vida mortal de Cristo Señor Nuestro. ¿El amanecer de la primera estrella? la predicación de S. Juan Bautista. ¿El lucero vespertino? el otro Juan, el Evangelista.

Nuestro anónimo autor de la *Vida de S. Juan Evangelista*, refiriendo la antiquísima costumbre que tenía la Iglesia veneciana de celebrar una misa a la aurora el día del Santo, escribe que en esos remotos tiempos (siglo XIII) aquella misa, que no era la misma del rito actual, fue hallada por el Senador de Venecia Cardenal Flaminio Cornaro en el archivo ducal de la iglesia de S. Marcos.

El actual Misal Romano tiene dos misas en honra de S. Juan Evangelista, la una para el 27 de Diciembre, y la otra llamada *S. Juan ante Portam latinam* que se reza el de 6 Mayo.

El gradual de la primera es el siguiente:

*“Exiit sermo inter fratres, quod discipulus ille non moritur: et don dixit Iesus: Non moritur. V/. Sed sic eum volo manere, donec veniam: tu me sequere.*

Bello y rico de sentido es el simbolismo del lirio invocado en el gradual de la segunda misa tratándose de S. Juan, pues como a hundido en los misterios del Verbo Divino y Encarnado, bien le simboliza el lirio, del que Fray Juan de los Angeles dice que arrastra poderosamente a sus raíces más que las otras plantas la humedad de que se nutre:—*Iustus germinabit sicut lilium, et florebit in aeternum ante Dominum Alleluia.*

El gradual de la otra misa es:

*“Alleluia, alleluia.—Iustus ut palma florebit: sicut cedrus Libani multiplicabitur. Alleluia - Iustus germinabit sicut lilium, et florebit in aeternum ante Dominum. Alleluia.*

El gradual y responsorio de la misa del siglo XIII, son:

*Gr.—Iustus ut palma florebit, sicut cedrus Libani multiplicabitur in domo Domini.*

*R.—Ad annuntiandum mane misericordiam tuam et veritatem tuam per noctem.*

Aparte del concepto teológico comprendido en este últi-

mo versículo del salmo 91, notará el lector cómo ha guiado en su elección para esa antigua misa, hasta un expresivo simbolismo estético. S. Juan empieza su Evangelio con el amanecer de la Encarnación del Verbo Divino, con lo máximo de la divina misericordia; y, al lucero de la tarde, según la poética concepción de Niseno, único lucero del Apostolado en la entenebrecida tarde del Calvario, se hundiría, años después, en mística noche, para entre ella surcar las adorables tinieblas del Apocalipsis.

Volviendo a nuestro tema, y respetando la opinión del Sr. Matovelle afirmada con las valiosísimas que él aduce a favor de la supervivencia del Santo, y sin pretender jamás avanzar nuestra pobrísima opinión ni en pro ni en contra sobre el particular, y sólo en calidad de meros bibliógrafos; expon-dremos lo que, ajeno a nuestros estudios, será conceptuado en calidad de pasajera documentación, por lectores más entendidos que nosotros en materia que, por lo mismo de no haber sido definida por la Iglesia, queda aún a la especulación de doctores, y a regalo de almas que gusten sumirse amorosa y humildemente en esos abismos del misterio de Jesucristo vivo, muerto y venturo.

Hubiéramos podido avanzar, siquiera un poco, en propia inquisición al respecto, pero, de hacerlo, no habríamos llegado a lo que consigna nuestro ya citado anónimo autor de la *Vida de San Juan Evangelista*, (\*)

---

(\*) Para no complicar hasta la composición tipográfica, omitiremos la prolija designación que el Anónimo, al citar autoridades, agrega la de las obras de estos y hasta la de capítulos o secciones.

A propósito del Anónimo, en el capítulo IV de este *Apunte* dijimos que, hasta no tener prueba contraria, sospechábamos que el Doctor Zambrano fuese el autor de esta *Vida de San Juan Evangelista*. Habiendo con nuestra sospecha acudido al dictamen del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Manuel María Pólit, Arzobispo de Quito, gracias a los datos suministrados por su erudición, informamos a nuestros lectores,—de que el jesuita P. Juan Coleti, es el autor de tan docto libro, cuyo manuscrito existe en la Biblioteca Nacional, y cuyo título, según lo consignado por el Dr. Pablo Herrera es:—*Ioannis Domini Coleti de Vita et rebus gestis Apostoli et Evangelistae libri duo* Quito.—MDCCLIX.“ “Se sabe que Coleti fue el autor del origi-

—Refiriéndose al argumento deducido de las palabras del Señor a S. Pedro que le preguntó respecto de S. Juan (S. Juan XXI), he aquí el juicio de nuestro autor:—"Después que el Señor hubo entregado a S. Pedro las llaves de su Iglesia y héchble pastor de la grey, le dijo cómo había de morir por su amor, y que le siguiese. Comenzó Pedro a seguirle, pero volviendo los ojos reparó que Juan venía tras sí. Preguntó al Señor ¿qué había de ser de Juan, y si lograría la misma dicha que él? Amaba Pedro con singular ternura a Juan, y de ahí vino el andar tan juntos, como se ha visto en muchas partes de esta *Historia*. Respondióle el Señor: *Sic eum volo manere donec veniam: quid ad te? tu me sequere*. Así quiero que permanezca hasta que yo venga ¿Qué te va en ello? Sígueme tú. —De este texto se valen muchos, como en otro tiempo los Apóstoles, para aseverar que hasta ahora vive S. Juan Evangelista; pero se engañan enormemente. El Señor, como advierte el mismo S. Juan, no dijo que no había de morir, sino en caso que Él quisiese, que durase hasta el tiempo de su venida, que no tenía S. Pedro que pensar en eso sino seguirle (Pág. 41).

"Aun no está decidido si se ha de leer *Si* o *Sic*, pues, el griego y el siriaco lo tienen del primer modo, y nuestra Vulgata del segundo: lean empero como quieran, nada se convence de este texto a su favor, porque en él, según los intérpretes, habló el Redentor de su venida *ad vindictam*, ora fuese la del juicio final, ora para destruir a Jerusalén; pero no afirmó que había de vivir Juan hasta entonces, queriendo só-

---

nal latino, porque así lo dice el General D. Ignacio Escandón en la nota IV de un folleto que publicó en Lima en 1765 en honor del Sr. José Morales y Aramburu".—*Saldamando*.

El P. Juan Domingo Coletti, nacido en Venecia el 27 de Septiembre de 1727, vino a Quito como novicio de la Compañía de Jesús. Cuando la expulsión de los Jesuítas,—regresó a Italia; y murió en Venecia en 1798.—Entre lo mucho que ha dejado escrito, se nos halla ligado a los ecuatorianos por los siguientes trabajos.—*Dizionario Storico—Geografico dell' America Meridionale*; y *Relazione inedita della città di Quito nel Perú*.

lo reprender la curiosidad de S. Pedro en preguntar (\*) Y para que no nos detengamos en textos, al otro que también suele traerse: *sunt de hic stantibus, qui non gustabunt mortem, donec videant Filium hominis in regno suo* (S. Mat. XVI, 28), responde agudamente Teofilacto—que aquí habló Cristo de su transfiguración en el Tabor a que habían de asistir tres de sus Apóstoles, Pedro, Juan y Diego: *Ac si diceret quidam, idest Petrus et Jacobus et Joannes non gustabunt mortem, donec eis ostendam in Transfiguratione, cum qua gloria sim in secundo adventu.* (Pág. 98).

—“Lo segundo con que se obstinan algunos en que no murió S. Juan, ni ha de morir hasta el fin del mundo, es porque, así como entonces han de comparecer un testimonio de la ley natural en Enoc, y otro de la ley escrita en Elías, así es verisímil que haya uno de la ley evangélica, y que éste sea S. Juan Evangelista, testigo ocular de las acciones y misterios de Cristo, no debe ponerse en duda.

“Lo tercero, porque aquel presagio de que Juan había de beber el cáliz del Salvador, lo entiende San Crisóstomo de muer acerba y cruel, como fueron las de los demás Apóstoles y la del mismo Cristo; mas la que referimos de S. Juan fue dulce y nada molesta.

—“Lo cuarto (queriendo eludir el argumento, en mi juicio perentorio, tomado del dicho del Papa Celestino y de las actas del Concilio de Efeso) porfían otros, no haber quedado otras reliquias, si así pueden llamarse, de S. Juan Evangelista que su túnica o vestido, parte de sus cabellos, alguna sangre, con la tina y otros instrumentos de su martirio que guardar on los cristianos de la primitiva Iglesia, viviendo aún el Santo.

“A todas estas razones fácil es la respuesta diciendo

---

(\*) De nuestra parte agregaremos que Tirino, prefiriendo la lectura *sic* en vez de *si*, dice: “Id est, sine violenta morte volo Ioannem in mundo agere, donec ego naturali morte suaviter illum e vivis accersam: ita Emissenus, August. Rupert. Maldonatus, Vel ut Teophyl. ut Toletus, donec veniam ad excindendam urbem et ditionem Iudaicam per Romanos”.

que no faltarán en aquellos tiempos últimos quienes testifiquen la ley evangélica, sin que sea preciso que intervenga S. Juan Evangelista con los dos mencionados para este fin.—Ni repongas que en el Apocalipsis dijo el ángel a S. Juan: *Oportet te iterum prophetare gentibus et populis, linguis et Regibus multis*;—porque este dicho del ángel se verificó cuando el Santo escribió su Evangelio, y cuando de vuelta de su destierro predicó en Asia.—A lo del presagio de Cristo se responde con Eutimio, que suficientemente bebió Juan el cáliz de la Pasión cuando en Roma fue arrojado al aceite hirviendo, y cuando fue desterrado, y si no murió entonces, fue milagro del Altísimo que le conservó la vida para su mayor gloria. Fuera de que, aunque salió indemne de la tina, muchos le dan el título de mártir.—Ultimamente no hay tergiversación que valga; pues, la tradición constante de la Iglesia efesina con Memnón su Obispo uno de los padres del santo Concilio ecuménico, hace creer que el Santo ha muerto como los demás; y las palabras de Celestino.—*cuius reliquias praesentes veneramini*, si se entienden de su túnica, vestido o cabellos, es torcerlas a un sentido más descabellado y exótico.—Hace bella consonancia con lo que vamos diciendo de la muerte de S. Juan Evangelista una expresión de la Santísima Virgen a el Santo, según se lee en las revelaciones de Santa Brígida: *Quia propter coeteris Fratribus tuis longius vixisti, quasi in ipsorum omnium morte martyr fuisti: ideo placuit Deo vocare te de mundo morte levissima post me, quia Virgo Virgini fui commendata*. Ni es menos oportuno a nuestro propósito lo que el mismo S. Juan dice más arriba a Santa Brígida:—*Ego insuper post Matrem Dei levissima morte de mundo transivi, quia custos Matris Dei factus fui, et corpus meum est in loco quietissimo et securissimo*.

“Estos fundamentos y otros que, por abreviar, se han omitido, debían haber obligado a que confesasen todos no sólo la muerte de S. Juan Evangelista, sino que esperaba en su sepulcro de Éfeso la general resurrección; pero bien lejos de esto, se empezó a cavilar por otro camino y a defender que luégo después de su muerte había resucitado. San Gregorio Nacianceno llama precursor de Cristo a San Juan Evangelista; de lo que, dando razón Elías Cretense añade que porque ha

de preceder a Cristo en su última venida; pero es inverisímil fuese esa la mente del Naciencero, como citando a S. Máximo, prueban bien el abad Billi, Nicéforo, el V. Beda, Santo Tomás, el B. Atto Obispo de Pistoia, S. Pedro Damiano, el Anónimo premonstratense en la Vida de S. Godofredo Capembérgense, Advichomio y toda la Iglesia griega; creen que S. Juan resucitó, como María Santísima, poco después de su muerte, y así le llaman *Metástasis* o *Translación*, según vierte Genebrardo en el calendario griego al 26 de Septiembre. Este ofrecimiento, o más que sea opinión, lo tenemos por más conforme a la piedad que al rigor de la crítica; aunque entretanto, reclame Tireo, y otros anónimos citados de Canisio, y Gabriel Henao en su *Empireología*. Por lo que, según la regla elemental que nos da el P. Suárez, de ir por lo más cierto y seguro en la historia, siendo la dicha opinión aunque piadosa, menos probable, nos apartamos de ella piadosamente. [Pág. 101, 2].

El Padre Diego de Estella en su *Libro de las excelencias y vida de San Juan Evangelista* (1595) escribe a la página 535: —«El mismo S. Juan en el Apocalipsis (II) hablando de la venida del Anticristo dice: —Dáros he dos testigos y profetizarán mil y doscientos y sesenta días, vestidos de sacos. Estos son dos olivos y dos candeleros que estarán delante del Señor de la tierra. Por estos dos, según declara la Glosa, a la letra son designados Elías y Enoch. Si Sant Juan fuera el tercero ¿callara por ventura su nombre? si eran tres ¿por qué dijo que no eran más de dos? Y pues dos solos eran, no es razón de meter a S. Juan en este número.

«Dijo Christo, hablando de Sant Juan, que quería que quedase así hasta que El viniese, y de estas palabras salió una falsa opinión entre los Apóstoles, y dijeron que S. Juan no había de morir, la cual deshace el mismo Evangelista Sant Juan diciendo:—No dijo Christo que no había de morir, sino que así quería que quedase hasta que volviese. De aquí nació el engaño de muchos que fueron de la misma opinión de los discípulos, que aquel venir de Christo declaran del último día cuando vendrá Christo a juzgar el mundo, y de aquí vinieron a decir que Sant Juan se estaría así sin morir hasta aquel tiempo.

“Aquello que dice:—hasta que vuelva—, no se entiende

del día del juicio, sino de cuando volviere a llamar a S. Juan para lo llevar a la gloria. Es como si Christo dijera a Sant Pedro: —Sigueme tú en la Pasión muriendo en la Cruz, como yo morí en ella; porque Sant Juan así quiero que quede, conviene a saber, sin derramar su sangre, y sin morir muerte violenta, hasta que Yo venga a le llamar cuando le llevare de este mundo por muerte dulce y sabrosa.

«Y de esta manera expone Nicolao de Lira este paso, y así lo siente la glosa ordinaria, pues dice que Sant Juan murió, y nó que está esperando el día del juicio. Sant Hierónimo expresamente, en el catálogo de ilustrés varones, dice que murió. Y pues esto es así, y dicho y aprobado por Sant Hierónimo y Sant Agustín que Sant Juan murió, no es menester perder más el tiempo en probar cosa tan clara. Y a la opinión de los que dicen que está en el Paraíso terrenal, demasiada honra se le ha hecho en detenernos tanto en reprehenderla, pues la recitación bastaba por impugnación, por ser tan fuera de camino y levantada por tan pequeña ocasión. Y bien creo que los que esto movieron, si miraran con atención los inconvenientes que de su opinión se seguían, tampoco la tuvieran ni sustentarán» (Pag. 535 sigs.)

El P. Niseno, sobre la pregunta de S. Pedro *Domine, hic autem quid?* y la respuesta del Señor:—*Sic eum volo manere donec veniam quid ad te?*,—considera en la pregunta del Santo Apóstol un brote de amor para solícito tener desde luego, a S. Juan entre las ovejuelas del aprisco que el Señor le confiaba, y en la respuesta del Señor algo como exclusión que hacía respecto del Discípulo Amado, reservándolo a la especial solicitud de Él y de su Santísima Madre. He aquí sus palabras:

«Acaba el Señor de encomendar a S. Pedro la suprema cura de todo el mundo, después de haberle examinado el amor diciendo: *Pasce oves meas*, apacienta mis ovejas. Vuelve Pedro la cabeza, y viendo que le venía siguiendo su amigo Juan, dijo al que le había encomendado el gobierno del mundo: *Domine, hic autem quid?* Señor, qué ha de ser éste a quien yo tengo tan íntimo amor?

«¿Con qué intención hizo esta pregunta Pedro? El doctísimo Salmerón lo dirá: *Ex officio pastoralis sibi commissi fecit curam accipiens Ioannis tanquam oviculae pretiose et sibi*

*charissimae*. La pregunta de Pedro se originó de la obligación que ya le corría de sumo pastor, y por eso comenzó tan desde luego a desempeñarse, cuidando tan especialmente de Juan a quien ya contaba en el número de las más queridas y regaladas ovejas de su rebaño.—Pues si el divino Dueño encarga tanto a los superiores el cuidado de sus ovejas, y ha de castigar tan rigurosamente el descuido de ellas ¿qué puede ser la causa que responda: Cristo con tanta aspereza y acedia a un pastor que parece poner tan especial cuidado por una oveja, pues le responde. *Sic eum volo manere, donec veniam ¿quid ad te? Tu me sequere.* ¿Quién os mete a cuidar de mi Benjamín? Yo quiero que se quede así. Lo que importa es que vos cuidéis de seguirme. Pues ¿por qué parece enfadarse el Señor de aquello mismo que tanto al parecer debería estimar? Es que fue picarle en lo vivo del alma y tocarle en lo más tierno del corazón. Que fue como decir que allá Pedro cuidase de las demás ovejas, que el cuidado y la solicitud de su Benjamín y regalado cordero corría muy en especial por su cuenta; porque los sucesos de tan amado discípulo, el estado de sus cosas, sólo consigo y con su dulcísima Madre se han de consultar. Los sucesos de Juan no corren por cuenta vuestra, ni por la de nadie, sino por la mía y la de mi sagrada Madre; que sólo con Ella, cómo es una cosa misma conmigo consulto yo los cargos, los oficios, las medras y mejoras de mi regalado Benjamín.

“Parece que fue este el sentido de estas palabras, pues dice nuestro Padre S. Juan Crisóstomo (*Hom. ult. in Ioan*): *Cum nimia charitate id diceret Petrus: ostendens Christus quod quanta vis eum dilectione prosequeretur, suam assequi non posset, inquit: si eum volo manere ¿quid ad te?*—La pregunta de Pedro se originó del mucho amor que tenía a Juan, y para mostrar Cristo que por más que Pedro le amase a su Benjamín, no podría emularle el cariño, por eso responde con aquella esquivéz:—Si yo quiero que se quede así ¿qué os importa a vos eso? De suerte que fue como tocarle a Cristo en lo más vivo del pundonor, pues tenía acaso de menos valer que hubiese quien se atreviese a cuidar de su Benjamín, como si él y sus cosas no corrieran tan por cuenta suya, como el más amado y querido de todos.” (NISEÑO. *El lucero de la tarde.*—1650.—Lib. 12. cap. 1)

En esta tierna concepción del P. Niseño creemos no ha de entenderse que S. Juan fuese excluido de sujeción al gobierno de S. Pedro en la grey que Cristo le confió, sino enaltecida por el Señor y su Santísima Madre la especial tutela que entrambos reservaban para sí a favor de quien tan íntimamente les estaba vinculado en la vida y muerte de Nuestro Señor.

Juan recostado en el pecho de Jesús, encargado de la custodia de María, y con Ella recibiendo en sus brazos el cadáver de Jesús, devolviéndole sobre el pecho ensangrentado con la sangre de la Víctima el descanso que le dió la noche de la Cena; en tan singulares escenas aparece cual medianero de los hombres para ante María y María ante Jesucristo y Jesucristo ante el Padre, como lo ponderan San Ambrosio y Arnoldo.

«Al bajar de la cruz el cuerpo de su Maestro, logró Juan juntamente con María Nuestra Señora, recibirlo en sus brazos y que así como él se reclinó en la Cena sobre el pecho de Jesús, así Jesús después de muerto se reclinase sobre el pecho de su amado, Juan ¡gran dicha excesivo favor! Oigamos a S. Ambrosio que como asombrado habla: *In triplici sinu Christus requievit, —in sinu Patris in Coelo, in sinu Matris et Joannis in terra.* Oigamos también a Arnoldo, cuyo dicho nos hará tener una sólida devoción y tierna confianza, que es el fin principal por que se escribe esta obra, en el Santo Evangelista: *Intueor quadrigam qua currendum est ad Patrem, sic debere distingui, ut per te, Ioannes, ad Matrem, per Matrem ad Filium, per Filium verò attingere possit poenitentis affectus ad Patrem.*—(Cita del autor de la *Vida de San Juan Evangelista*, IV, 35).

Alejándome de mezclarme en las cariñosas contiendas que, aunque contrapuestas respecto de la supervivencia de S. Juan, todas se aunan en lo piadoso del tema, a mis lectores por vía de mera investigación guío nuevamente al libro del P. Estella, quien, refiriéndose a lo que deja escrito en otras páginas dice en la 559:

—«Habiendo probado en el primer capítulo cómo Sant Juan murió, y en el segundo cómo murió sin dolor, y en el tercero la manera de su gloriosa muerte y edad en que murió, agora cabe en razón que sepamos y veamos lo que fue de su santo cuerpo; pues tantas opiniones ha habido de él por

no le hallar en este mundo. Entre todas ellas, la más piadosa y verdadera es que está en la gloria juntamente con su santa alma gozando de aquella felicidad eterna».

“Entre los doctores, agrega en la página 561, el que claramente afirma y tiene expresamente que S. Juan está en cuerpo y alma en el cielo, es el angélico Santo Tomás de Aquino, sobre el Evangelio de S. Juan y en el cuarto escrito de las Sentencias. Después que este Santo Doctor ha relatado y argüido opiniones de otros, dando su parecer dice:—Lo que se ha de tener es que murió y luego resucitó en el mismo cuerpo suyo.....y así bienaventurado goza con Cristo. Esto dice Santo Tomás sobre el Evangelio de S. Juan. Y aunque los devotos de S. Juan quisieran buscar palabras que dijeran lo que desean, y aquellos que deseamos servir a este glorioso Apóstol quisiéramos probar la gloria de su cuerpo, no se pudieran hallar mejores palabras, ni más claras, ni más bien dichas y de un doctor tan excelente y santísimo”.

Sigue el P. Estella discurrendo en este sentido, y rebatiendo ingeniosamente la opinión de los que opinan que el cuerpo del Santo está oculto ignorándose su paradero, como está el de Moisés, concluye (Pág. 567): “Por lo cual hemos de tener por cierto que el cuerpo goza de Dios con el alma; porque el privilegio que dió Dios a la Virgen Madre suya para que en cuerpo y alma gozase de su bienaventuranza, esa misma gracia quiso Dios hacer con el que fue guardador de esa Reina del cielo. Justo era que el cuerpo de S. Juan que siempre en este mundo acompañó a Nuestra Señora, sea también su compañero en el Cielo”.

Entresaquemos de la gran *Vida de Cristo* [1603, Parte II] del agustiniano Fray Cristóbal de Fonseca, algunos fragmentos relativos a estas piadosas inquisiciones.

Contrapone a S. Pedro que, tan maravillado en el Tabor ansiaba quedarse allí el día de la Transfiguración,—*bonum est nos hic esse*—, con el *¿Hic autem quid?* referente a S. Juan. Ayer la gloria, hoy el camino al sacrificio que, siendo gloria mayor en la caridad de Cristo, no quiere S. Pedro sea privado de ella el Santo Evangelista.

“El que sabe el valor de una amargura, de un trabajo, de una cruz, muy amigo ha de ser a quien diere parte de e-

lla, a lo menos no se la dará al extraño; mas como S. Juan era amigo, estaba muy gozoso con su cruz, y sabiendo lo que valía, le quiso dar parte de ella. *Et conversus dixit:—Hic autem quid?....* Ha puesto esta águila caudalosa (S. Juan) tan en las nubes su nido y levantado tanto su vuelo, que se nos pierde de vista, y deseamos saber qué será de él, *Hic autem quid?* Púsose, Señor, a mirar desde tan cerca los rayos de vuestra Divinidad y contemplólos tan despacio, y tan sin pestañear, que reverberando el resplandor que se deriva del vuestro en su persona, como con vuestra luz inaccesible se embaraza la flaqueza de nuestra vista, de suerte que, en vez de quedar más alumbrada queda ciega; así amparando a vuestro Amado con ella, nos déslumbra sin poderle divisar ni conocer, y nos es fuerza decir:—*Hic autem quid?*

“Diciendo Cristo Señor Nuestro a Pedro: *sequere me—*, sólo de barruntar que lo que se decía a la cabeza y al pastor se decía a las ovejas, no hubo dado Pedro un paso, cuando le sigue S. Juan *Et conversus Petrus, vidit illum discipulum sequentem....* S. Juan habiendo dejado por el amor de Cristo redes, navío, padre, no le quedando qué dar sino es la vida que es la mayor prenda de amor, deseoso de ponerla en la cruz, siguió a S. Pedro. *Et conversus vidit illum discipulum sequentem.*“

Considerando el P. Fonseca como un martirio de S. Juan lo largo de una vida antes endulzorada con la presencia de Cristo y de María, y afligida luego por la ausencia de Éllos, el *sic eum volo manere* lo explica poniendo en labios de Nuestro Señor estas palabras: “Aquí le quiero martirizar dilatándole la vida. hasta que venga por él de aquí a sesenta y ocho años.” Y luego explica así este género de martirio:—“No sé yo que haya tormento comparable para los que han gozado de los gustos del Cielo y dé los sabores del espíritu y de los favores de Dios, y por verse acosados de peligros, tienen toda su esperanza resumida en acabar con la vida, como que se les dilate muchos años“

“Apenas hubo dicho Cristo Señor Nuestro: *Sic eum volo manere*, cuando salió un rumor por el colegio apostólico.... que había concedido el Maestro a Juan privilegio de inmortalidad exentándole del pecho generalísimo de la muerte.....No

sufrió la providencia divina que este error echase raíces en los pechos de los suyos, porque, aunque había prometido de trastornar los montes, si necesario fuere, por sus santos, es tan inevitable el morir, que en ésta materia, nadie tiene para qué esperar milagros; y así el mismo S. Juan los desengañó diciendo:—*Et non dixit Iesus non moritur, sed: sic eum volo manere, donec veniam* “—(FONSECA *Op cit. De las grandezas del Apóstol S. Juan. Passim*).

X

Conclusión

Como lo habrá notado el lector, las páginas que preceden no han hecho sino consignar mis rápidas personales impresiones sobre determinados puntos de los innumerables tratados por el Sr. Matovelle en su magistral libro, compacto en armónica estructura, nutrido de ciencia teológica trascendente a la vida del alma, engalanado con el decoro de las letras,—oportuno, en fin, para tiempos en que el reinado de Jesucristo, combatido siempre, entre tantos enemigos que le asedian, tiene, acaso el más astuto y pernicioso en un humanitarismo o humanismo o mejor *laicismo* que, más soberbio cada día, logra conquistas tanto más fáciles, cuanto arrancando del olvido de lo sobrenatural, convierte la vida humana en un mero aparato escénico; la historia en una trama de pasiones, sin más ley reguladora que el código penal, y al fin de todo, un telón que cae y, tras él, nada:—los actores han desaparecido, tirando allá en sus camarines los disfraces de teatro.....

Y es lo peor en este ensoberbecimiento humano el amoldar a él la ley evangélica atormentándola a capricho, pero blasfemando cuando se atreve a invocar en una como concesión graciosa al mundo pecador, el sacrosanto nombre de Jesucristo, negando expresa o tácitamente su divina personalidad, para matricularle en no sé qué desconocida escuela de filósofo o sociólogo; y, si a tanto no llega, avanza cautelosamente con el modernismo dogmático a desnaturalizar el verdadero espíritu del Cristianismo, pretendiendo amoldarlo a evoluciones sociales, humanizando así lo divino y soberano, rompiendo los vínculos que al hombre desde su origen le van atando hacia una definitiva sanción de justicia discernida por Jesucristo,—el de ayer, el de

hoy y el de los venideros eternos siglos (S. Pablo Hbr. 13),

*Ecce venio cito: tene quod habes, ut nemo accipiat coronam tuam (Apoc. III 11.)—Quae est enim nostra spes, aut gaudium, aut corona gloriae? Nonne vos ante Dominum nostrum Iesum Christum estis in adventus ejus? (S. Pablo I Thes., 2, 19.)* Alerta! he aquí que Jesucristo anuncia su venida, y a los justos amorosamente les conjura guardar la corona de virtudes, tan preciada, que para Él mismo tiene como corona propia.

Este anhelo encárnase en las *Meditaciones* del Sr. Matovelle, que, inspiradas en días en los que en un como también lejano Patmos, vagaba fuera de la nativa tierra perseguido por los enemigos de la Iglesia de Jesucristo,—llevan delantera del libro esta dedicatoria, himno de fe, esperanza y amor,—y glorificación de Cristo venturo.

#### DEDICATORIA

“¡Verbo encarnado, divino Jesús!—Tú eres mi Dios, mi Rey, mi amor y mi dueño! Acá abajo te contemplamos oculto en la Hostia o pendiente en la cruz; y eres, sin embargo, “el Rey de la gloria y el Hijo eterno del Padre.—¿Cuándo te veremos en los esplendores de tu trono? ¿cuándo vendrás a juzgar a los vivos y a los muertos?”

“¡Ven, Señor Jesús! Mientras tanto, en espera de tu día, “hánse escrito estas páginas a gloria de tu nombre: recíbelas, “Señor, en olor de suavidad, como humilde holocausto de adoración y amor que te ofrece tu indigno ministro y siervo

J. JULIO MARIA MATOVELLE.

“Cuenca, 28 de Octubre de 1912, en el XVI Centenario “del triunfo de la Cruz sobre el Paganismo bajo el lábaro del “Gran Constantino”

Clame la humanidad con el Cantar de los Cantares: — “Cautívame a tus pasos y tras ellos acelérense los míos! *Trahe me: post te curremus*; clame, y oyendo que el Señor y su Iglesia le dicen:—¡Ven!, responda: ¡Ven!... *Spiritus et Sponsa dicunt: veni;—et qui audit: dicat veni*“. (*Apocalipsis XXII, 17*).

Que leídas estas *Meditaciones*, al *Ecce venio* del Apocalipsis, el alma cristiana, conteste, a su vez, con el *Ecce venio* de David,—con la ofrenda de sí misma, con ímpetu amoroso hacia las inspiraciones divinas, con la fidelidad a ellas, holocausto

el máspreciado que puede ofrecer a Quien le anuncia su venida. *Holocaustum et pro peccato non postulasti. Tunc dixi:--ecce venio.* (Ps. 39), clamor éste, tierna y expresivamente parafraseado así, a principios del siglo XVII, por el Obispo de Astorga Fray Antonio Cáceres y Sotomayor:

"El mejor holocausto que puedo hacer es decir: Ya voy, Señor!--No me pides más, Señor, sino que las veces que me llames responda yo:--Luégo voy!--Y aunque con la respuesta de criado perezoso, te contentas con esto". [\*]

*Ven, Señor Jesús!*.....En este clamor con que termina el Apocalipsis, se condensan las *Meditaciones* del Sr. Matovelle, y se espiritualiza la historia de la humanidad, para cuya plegaria, elevada por los justos, escribió estas líneas un franciscano español del siglo XVI, Fray Juan Bautista de Madrigal (\*\*):

"*Veni, Domine Iesu.* Venid, Hijo del Eterno Padre, a volver por vuestra honra que os la han quitado los malos.

"Venid, Juez Divino, a visitar vuestra república, a galardonar nuestros trabajos.

"Venid, Señor, que va la cizaña en aumento ahogando el trigo, y los cabritos desvergonzados se atreven a los mansos corderos, y los malos siervos, con la tardanza del Señor se quieren alzar con el Reino.

"Venid, Señor, reposo de nuestras almas, mayorazgo de nuestro Reino y cabeza de él; que estos pocos que la maldad ha dejado, os saldremos a recibir con nuestras lámparas encendidas que, con el favor de vuestra divina gracia, hasta ahora hemos sustentado vivas!....."

*Honorato Vázquez.*

#### APENDICE

Después de la rápida reseña precedente sobre este magistral libro del Sor. Dr. Matovelle, creemos oportuno agregar esta nota que, aparte de lo publicado por él en varias revistas, como "La República del Sagrado Corazón", "El Reino Eucarístico", "El Heraldó de la Hostia Divina" y otras, dé a conocer a nuestros lectores la fecunda y envidiable labor li-

(\*) *Paráphrasis de los Psalmos* (1616)

(\*\*) *Homillarío evangélico*. (1602) Postr. 2.

teraria de nuestro autor, compartida con el piadoso ejercicio de su vida sacerdotal.

Opúsculos.—“El Catolicismo y la libertad política de los pueblos”—“Mes del Santísimo Sacramento” (Reimpreso en Barcelona) —“Manual de prácticas piadosas en honra de Nuestra Señora de los Dolores” (Reimpreso en Friburgo de Brisgovia) —“La Asunción de la Santísima Virgen” (Reimpreso en Lima)—

—“Influencia de la raza en la Independencia Americana.”—“Miscelanea”, colección de poesías.

Libros.—“Imágenes y Santuarios célebres de la Virgen Santísima en la América española, señaladamente en la República del Ecuador”—“Cuenca de Tomebamba” (Historia) —“Principios de derecho Público Eclesiástico”.

Entre otras obras inéditas, tiene estas:—“Ciencia constitucional.”—“Principios de Economía Política.”—“Principios de Ciencia Administrativa.” En 1887 escribió con el título de “Breve resumen de los principios más generales de Teología moral,” un compendio de la “Teología moral” del P. Gury.—

Sea el mejor remate de estas líneas la siguiente carta últimamente dirigida a nuestro autor por el Eminentísimo Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad el Papa:

“*Segreteria di Stato di Sua Santità.* Dal Vaticano, 17 Marzo 1923. No. 15527.—Illmo Signore:—Mi é gratto significarle che é regolarmente pervenuto nelle venerate mani del Santo Padre il libro dal titolo “Meditaciones sobre el Apocalipsis” dalla S. V. pubblicato e che eila ha voluto umiliarGli come devoto omaggio.

“Sua Santità si é molto compiaciuta del bel attestato di devozione filiale della S. V. nell’ offrire al Vicario di Gesù Cristo e Padre Comune il frutto della propria intelligenza e dei Suoi studi, e si é degnata incaricarmi di farle pervenire i Suoi ringraziamenti, mentre come attestato del suo sovrano gradimento le ha impartito di cuore l’ Apostolica Benedizione.

“Colgo pertanto la presente occasione per riaffermarmi con sensi di distinta stima, di V. S Illma. affmo per servirla  
P. CARD. GASPARRI—*Illmo Signore sig. J. Giulio Maria Matovelle.—Cuenca (Equatore).*”